

EL TEATRO  
MODERNO



R. CADENAS



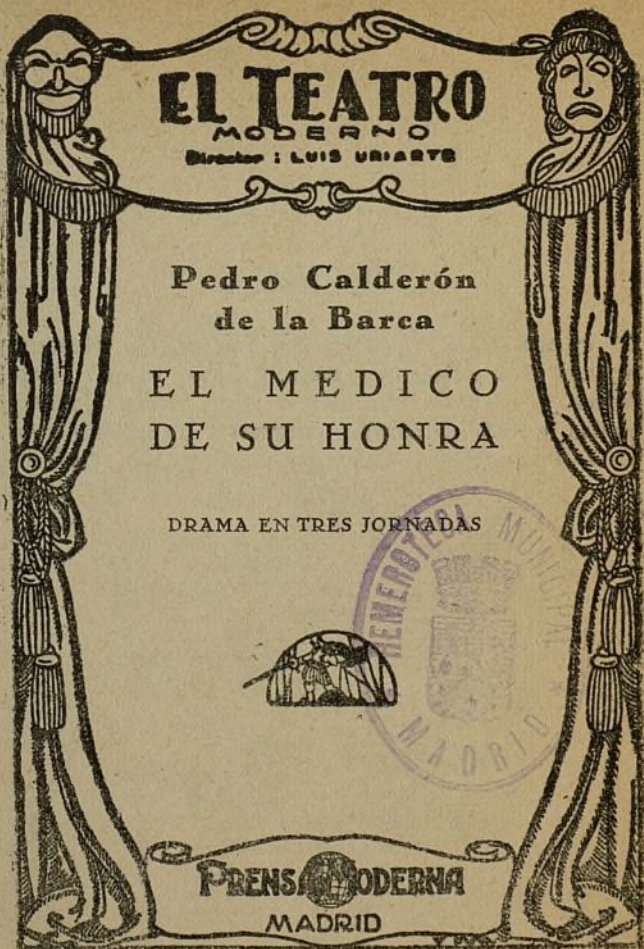
P CALDERON DE LA BARCA  
EL MEDICO DE SU HONRA

Ayuntamiento de Madrid

50  
CTS  
②







AÑO VII

7 - XI - 1931

NÚM. 320

## PERSONAJES

*El rey don Pedro, El infante don Enrique, Don Gutierre Alfonso, Don Arias, Don Diego, Coquín, lacayo; Doña Mencía de Acuña, Doña Leonor, Inés, criada; Jacinta, esclava herrada; Ludovico, sangrador; Un soldado, Un viejo, Pretendientes, Acompañamiento, Música, Criados, Criadas.*



## JORNADA PRIMERA

Vista exterior de una quinta de don Gutierre, inmediata a Sevilla.

### ESCENA PRIMERA

Suena ruido de caza, y sale, cayendo, el *Infante don Enrique*, y algo después salen *Don Arias* y *Don Diego*, y el último *El rey don Pedro*.

ENRIQ. ¡Jesús mil veces! (*Cae sin sentido.*)

ARIAS ¡El cielo

te valga!

REY ¿Qué fué?

ARIAS Cayó.

el caballo, y arrojó

desde él el infante al suelo.

REY Si las torres de Sevilla

saludan de esa manera,

¡nunca a Sevilla viniera,

nunca dejara a Castilla!

¡Enrique, hermano!

DIEGO ¡Señor!

REY ¿No vuelve?

ARIAS A un tiempo ha perdido

pulso, color y sentido.

¡Qué desdicha!

DIEGO ¡Qué dolor!

REY Llegad a esa quinta bella

que está del camino al paso,

don Arias, a ver si acaso,

recogido un poco en ella,

cobra salud el infante.

Todos os quedad aquí,

y dadme un caballo a mí,

que he de pasar adelante;

que aunque este horror y mancilla  
mi rémora pudo ser,  
no me quiero detener  
hasta llegar a Sevilla.  
Allá llegará la nueva  
del suceso. (*Vase.*)

ESCENA II

*Don Enrique, desmayado ; Don Arias y Don Diego.*

ARIAS               Esta ocasión  
de su fiera condición  
ha sido bastante prueba.  
¿Quién a un hermano dejara,  
tropezando desta suerte  
en los brazos de la muerte?  
¡Vive Dios!...

DIEGO              Calla, y repara  
en que, si oyen las paredes,  
los troncos, don Arias, ven,  
y nada nos está bien.

ARIAS              Tú, don Diego, llegar puedes  
a esa quinta: di que aquí  
el infante mi señor  
cayó. Pero no; mejor  
será que los dos así  
le llevemos donde pueda  
descansar.

DIEGO              Has dicho bien.

ARIAS              Viva Enrique, y otro bien  
la suerte no me conceda. (*Llevan al infante.*)

Sala en la quinta de don Gutierre.

ESCENA III

*Doña Mencía y Jacinta.*

MENC.           Desde la torre le vi,  
y aunque quién son no podré



distinguir, Jacinta, sé  
que una gran desdicha allí  
ha sucedido. Venía  
un bizarro caballero  
en un bruto tan ligero,  
que en el viento parecía  
un pájaro que volaba ;  
y es razón que lo presumas,  
porque un penacho de plumas  
matices al aire daba.  
El campo y el sol de ellas  
compitieron resplandores ;  
que el campo le dió sus flores  
y el sol le dió sus estrellas ;  
y de modo relucían,  
porque cambiaban de modo  
que en todo al sol parecían  
y a la primavera en todo.  
Corrió, pues, y tropezó  
el caballo, de manera  
que lo que ave entonces era,  
cuando en la tierra cayó  
fué rosa ; y así en rigor  
imitó su lucimiento  
en sol, cielo, tierra y viento,  
ave, bruto, estrella y flor.  
JACIN. ¡ Ay, señora ! En casa ha entrado...  
MENC. ¿ Quién ?  
JACIN. Un confuso tropel  
de gente.  
MENC. ¿ Mas que con él  
a nuestra quinta han llegado ?

## ESCENA IV

*Don Arias y Don Diego, que sacan en brazos al Infante,  
y siéntanle en una silla ; Doña Mencía y Jacinta.*

DIEGO En las casas de los nobles  
tiene tan divino imperio  
la sangre del rey, que ha dado



en la vuestra atravimiento  
para entrar desta manera.

MENC. (Aparte.) ¡Qué es esto que miro, cielo!

DIEGO El infante don Enrique,  
hermano del rey don Pedro,  
a vuestras puertas cayó,  
y llega aquí medio muerto.

MENC. ¡Válgame Dios, qué desdicha!  
ARIAS Decidnos a qué aposento  
podrá retirarse, en tanto  
que vuelva al primero aliento  
su vida. Pero ¡qué miro!  
¡Señora!

MENC. ¡Don Arias!

ARIAS Creo  
que es sueño o fingido cuanto  
estoy escuchando y viendo.  
¿Que el infante don Enrique,  
más amante que primero,  
vuelva a Sevilla y te halle  
con tan feliz encuentro,  
puede ser verdad?

MENC. Sí es:

¡ojalá que fuera sueño!

ARIAS Pues ¿qué haces aquí?

MENC. Despacio  
lo sabrás, que ahora no es tiempo  
sino sólo de acudir  
a la vida de tu dueño.

ARIAS ¡Quién le dijera que así  
llegara a verte!

MENC. Silencio,  
que importa mucho, don Arias.  
¿Por qué?

MENC. Va mi honor en ello.  
Entrad en ese retrete,  
donde está un catre cubierto  
de un cuero turco y de flores;  
y en él, aunque humilde lecho,  
podrá descansar. Jacinta,  
saca tu ropa al momento,

aguas y olores que sean  
dignos de tan alto empleo. (*Vase Jacinta.*)  
ARIAS Los dos, mientras se adereza,  
aquí al infante dejemos,  
y a su remedio acudamos  
si hay en desdichas remedio. (*Vanse los dos.*)

## ESCENA V

*Doña Mencía y Don Enrique, sin conocimiento, en una silla.*

MENC. Ya se fueron ; ya he quedado  
sola. ¡ Oh quién pudiera, cielos,  
con licencia de su honor,  
hacer aquí sentimientos !  
¡ Oh quién pudiera dar voces,  
y romper con el silencio  
cárceles de nieve, donde  
está aprisionado el fuego,  
que ya, resuelto en cenizas,  
es ruina que está diciendo :  
« ¡ Aquí fué amor ! » Mas ¿ qué digo ?  
¿ Qué es esto, cielos, qué es esto ?  
Yo soy quien soy. Vuelva el aire  
los repetidos acentos  
que Nevó ; porque aun perdidos,  
no es bien que publiquen ellos  
lo que yo debo callar ;  
porque ya, con más acuerdo,  
ni para sentir soy mía ;  
y solamente me huelgo  
de tener hoy que sentir,  
por tener mis deseos  
que vencer, pues no hay virtud  
sin experiencia. Perfecto  
está el oro en el crisol,  
el imán en el acero,  
el diamante en el diamante,  
los metales en el fuego ;  
y así mi honor en sí mismo  
se acrisola cuando llego  
a vencerme, pues no fuera



sin experiencias perfecto.  
¡Piedad, divinos cielos!  
¡Viva callando, pues callando muero!  
¡Enrique! ¡Señor!

ENRIQ. (*Volviendo en sí.*) ¿Quién llama?

MENC. Albricias...

ENRIQ. ¡Válgame el cielo!

MENC. Que vive tu alteza.

ENRIQ. ¿Dónde  
estoy?

MENC. En parte, a lo menos,  
donde de vuestra salud  
hay quien se huelgue.

ENRIQ. Lo creo,  
si esta dicha, por ser mía,  
no se deshace en el viento;  
pues consultando conmigo  
estoy, si despierto sueño,  
o si dormido discurre,  
pues a un tiempo duermo y velo.  
¿Pero para qué averiguo,  
poniendo a mayores riesgos  
la verdad? Nunca despierte,  
si es verdad que ahora duermo;  
y nunca duerma en mi vida  
si es verdad que estoy despierto.

MENC. Vuestra alteza, gran señor,  
trate, prevenido y cuerdo,  
de su salud, cuya vida  
dilate siglos eternos,  
fénix de su misma fama,  
imitando al que en el fuego  
ave, llama, ascua y gusano,  
urna, pira, voz e incendio,  
nace, vive, dura y muere,  
hijo y padre de sí mismo,  
que después sabrá de mí  
dónde está.

ENRIQ. No lo deseo;  
que si estoy vivo y te miro,  
ya mayor dicha no espero;  
ni mayor dicha tampoco,



si te miro estando muerto ;  
pues es fuerza que sea gloria  
donde vive ángel tan bello.  
Y así no quiero saber  
qué acasos ni qué sucesos  
aquí mi vida guiaron ;  
pues con saber que estoy donde  
estás tú, vivo contento ;  
y así ni tú qué decirme,  
ni yo qué escucharte tengo.

MENC. (*Aparte.*) (Presto de tantos favores  
será desengaño el tiempo.)  
Dígame ahora, ¿cómo está  
vuestra alteza?

ENRIQ. Estoy tan bueno,  
que nunca estuve mejor ;  
sólo en esta pierna siento  
un dolor.

MENC. Fué gran caída ;  
pero en descansando, pienso  
que cobraréis la salud,  
y ya os están previniendo  
cama donde descanséis.  
Que me perdonéis, os ruego,  
la humildad de la posada ;  
aunque disculpada quedo...

ENRIQ. Muy como señora habléis,  
Mencía. ¿Sois vos el dueño  
de esta casa?

MENC. No, señor ;  
pero de quien lo es, sospecho  
que lo soy.

ENRIQ. ¿Y quién lo es?

MENC. Un ilustre caballero,  
Gutierre Alfonso Solís,  
mi esposo y esclavo vuestro.

ENRIQ. ¡Vuestro esposo ! (*Levántase.*)

MENC. Sí, señor.

No os levantéis, deteneos ;  
ved que no podéis estar  
en pie.

ENRIQ. Sí puedo, sí puedo.

## ESCENA VI

*Don Arias y Don Diego; dichos.*

ARIAS Dame, gran señor, las plantas  
que mil veces toco y beso,  
agradecido a la dicha  
que en tu salud nos ha vuelto  
la vida a todos.

DIEGO Ya puede  
vuestra alteza a este aposento  
retirarse, donde está  
prevenido todo aquello  
que pudo en la fantasía  
bosquejar el pensamiento.

ENRIQ. Don Arias, dadme un caballo;  
dadme un caballo, don Diego.  
Salgamos presto de aquí.

ARIAS ¿Qué decís?

ENRIQ. Que me déis presto  
un caballo.

DIEGO Pues señor...

ARIAS Mira...

ENRIQ. Estáse Troya ardiendo  
y Eneas de mis sentidos,  
he de librarlos del fuego. (*Vase don Diego.*)

MEN

## ESCENA VII

*Don Enrique, Doña Mencía y Don Arias.*

ENRIQ. ¡Ay, don Arias, la caída  
no fué acaso, sino agüero  
de mi muerte! Y con razón,  
pues fué divino decreto  
que viniese a morir yo,  
con tan justo sentimiento,  
donde tú estabas casada,  
porque nos diesen a un tiempo  
pésames y parabienes



de tu boda y de mi entierro.  
De verse el bruto a tu sombra,  
pensé que altivo y soberbio  
engendró con osadía  
bizarros atrevimientos,  
cuando presumiendo de ave,  
con relinchos cuerpo a cuerpo  
desafiaba a los rayos  
después que venció los vientos.  
Y no fué sino que al ver  
tu casa montes de celos  
se le pusieron delante  
por que tropezase en ellos ;  
que aun un bruto se desboca  
con celos ; y no hay tan diestro  
jinete que allí no pierda  
los estribos al correrlos.  
Milagro de tu hermosura  
presumí el feliz suceso  
de mi vida ; pero ya,  
más desengañado, pienso  
que no fué sino venganza  
de mi muerte, pues es cierto  
que muero, y que no hay milagros  
que se examinen muriendo.

MENC. Quien oyere a vuestra alteza  
quejas, agravios, desprecios,  
podrá formar de mi honor  
presunciones y conceptos  
indignos de él. Y yo ahora,  
por si acaso llevó el viento  
cabal alguna razón,  
sin que en partidos acentos  
la troncase, responder  
a tantos agravios quiero,  
porque donde fueron quejas,  
vayan con el mismo aliento  
desengaños. Vuestra alteza,  
liberal de sus deseos,  
generoso de sus gustos,  
pródigo de sus afectos,  
puso los ojos en mí :



es verdad, yo lo confieso.  
 Bien sabe, de tantos años  
 de experiencias, el respeto  
 con que constante mi honor  
 fué una montaña de hielo,  
 conquistada de las flores,  
 escuadrones que arma el tiempo.  
 Si me casé, ¿de qué engaño  
 se queja, siendo sujeto  
 imposible a sus pasiones,  
 reservado a sus intentos,  
 pues soy para dama más  
 lo que para esposa menos?  
 Y así, en esta parte ya  
 disculpada, en la que tengo  
 de mujer, a vuestros pies  
 humilde, señor, os ruego  
 no os ausentéis desta casa,  
 poniendo a tan claro riesgo  
 la salud.

ENRIQ. ¿Cuánto mayor  
 en esta casa le tengo?

### ESCENA VIII

*Don Gutierre y Coquín; dichos.*

GUTIE. Deme los pies vuestra alteza,  
 si puedo de tanto sol  
 tocar, ¡oh rayo español!,  
 la majestad y grandeza.  
 Con alegría y tristeza  
 hoy a vuestras plantas llevo,  
 y mi aliento, lince y ciego,  
 entre asombros y desmayos,  
 es águila a tantos rayos,  
 mariposa a tanto fuego.  
 Tristeza de la caída  
 que puso con triste efeto  
 a Castilla en tanto aprieto,  
 y alegría de la vida  
 que vuelve restituída

a su pompa, a su belleza,  
cuando en gusto vuestra alteza  
trueca ya la pena mía.

¿Quién vió triste la alegría?

¿Quién vió alegre la tristeza?

Honrad por tan breve espacio  
esta esfera, aunque pequeña ;

porque el sol no se desdeña,

después que ilustró un palacio,

de iluminar el topacio

de algún pajizo arrebol.

Y pues soy rayo español,

descansad aquí ; que es ley

hacer el palacio el rey

también, si hace esfera el sol.

ENRIQ. El gusto y pesar estimo

del modo que le sentís,

Gutierre Alfonso Solís ;

y así en el alma le imprimo,

donde a tenerle me animo

guardado.

GUTIE. Sabe tu alteza

honrar.

ENRIQ. Y aunque la grandeza

desta casa fuera aquí

grande esfera para mí,

pues lo fué de una belleza,

no me puedo detener ;

que pienso que esta caída

ha de costarme la vida ;

y no sólo por caer,

sino también por hacer

que no pasase adelante

mi intento... Y es importante

irme ; que hasta un desengaño

cada minuto es un año,

es un siglo cada instante.

GUTIE. Señor, ¿vuestra alteza tiene

causa tal, que su inquietud

aventure la salud

de una vida que previene

tantos aplausos?



- ENRIQ. Conviene  
llegar a Sevilla hoy.
- GUTIE. Necio en apurar estoy  
vuestro intento ; pero creo  
que mi lealtad y deseo...
- ENRIQ. Y si yo la causa os doy,  
¿qué diréis?
- GUTIE. Yo no os la pido ;  
que a vos, señor, no es bien hecho  
examinaros el pecho.
- ENRIQ. Pues escuchad. Yo he tenido  
un amigo tal, que ha sido  
otro yo.
- GUTIE. Dichoso fué.
- ENRIQ. A éste en ausencia fié  
el alma, la vida, el gusto  
en una mujer. ¿Fué justo  
que atropellando la fe  
que debió al respeto mío  
faltase en ausencia?
- GUTIE. No.
- ENRIQ. Pues a otro dueño le dió  
llaves de aquel albedrío :  
al pecho que yo le fió,  
introdujo otro señor ;  
otro goza su favor.  
¿Podrá un hombre enamorado  
sosegar con tal cuidado,  
descansar con tal dolor?
- GUTIE. No, señor.
- ENRIQ. Cuando los cielos  
tanto me fatigan hoy,  
que en cualquier parte que estoy  
estoy mirando mis celos,  
tan presentes mis desvelos  
están delante de mí,  
que aquí los miro, y así  
de aquí ausentarme deseo ;  
que aunque van conmigo, creo  
que se han de quedar aquí.
- MENC. Dicen que el primer consejo  
ha de ser de la mujer ;



y así, señor, quiero ser  
(perdonad si os aconsejo)  
quien os dé consuelo. Dejo  
aparte celos, y digo  
que aguardéis a vuestro amigo  
hasta ver si se disculpa,  
que hay calidades de culpa  
que no merecen castigo.  
No os despeñe vuestro brío :  
mirad, aunque estéis celoso,  
que ninguno es poderoso  
en el ajeno albedrío.  
Cuanto al amigo, confío  
que os he respondido ya ;  
cuanto a la dama, quizá  
fuerza y no mudanza fué :  
oidla vos, que yo sé  
que ella se disculpará.

ENRIQ. No es posible.

#### ESCENA IX

*Don Diego; dichos.*

DIEGO

Ya está allí

el caballo apercebido.

GUTIE.

Si es del que hoy habéis caído,  
no subáis en él, y aquí  
recibid, señor, de mí  
una pía hermosa y bella,  
a quien una palma sella,  
signo de vuestra la hace,  
que también un bruto nace  
con mala o con buena estrella.  
Es este prodigio, pues,  
proporcionado y bien hecho,  
dilatado de anca y pecho,  
de cabeza y cuello es  
corto, de brazos y pies  
fuerte, a uno y otro elemento  
les da en sí lugar y asiento,

- siendo el bruto de la palma  
tierra el cuerpo, fuego el alma,  
mar la espuma y todo viento.
- ENRIQ. El alma aquí no podría  
distinguir lo que procura,  
la pía de la pintura,  
o por mejor bazaría,  
la pintura de la pía.
- COQU. Aquí entro yo. A mí me dé  
vuestra alteza mano o pie,  
lo que está (que esto es más llano)  
o más a pie o más a mano.
- GUTIE. Aparta, necio.
- ENRIQ. ¿Por qué?
- COQU. Dejadle, su honor le abona.
- COQU. En hablando de la pía,  
entra la persona mía,  
que es su segunda persona.
- ENRIQ. Pues ¿quién sois?
- COQU. ¿No lo pregona  
mi estilo? Yo soy, en fin,  
Coquín, hijo de Coquín,  
de aquesta casa escudero,  
de la pía despensero,  
pues la siso al celemin  
la mitad de la comida.  
Y en efecto, señor, hoy,  
por ser vuestro día os doy  
norabuena muy cumplida.
- ENRIQ. ¿Mi día?
- COQU. Es cosa sabida.
- ENRIQ. Su día llama uno aquel  
que es a sus gustos fiel;  
si lo fué a la pena mía,  
¿cómo pudo ser mi día?
- COQU. Cayendo, señor, en él;  
y para que se publique  
en cuantos lunarios hay,  
desde hoy diré: «A tantos cay  
San Infante Don Enrique».
- GUTIE. Tu alteza, señor, aplique  
la espuela al ijar; que el día



ya en la tumba helada y fría,  
huésped del undoso dios,  
hace noche.

ENRIQ.

Guárdeos Dios,  
hermosísima Mencía.  
Y porque veáis que estimo  
el consejo, buscaré  
a esta dama, y della oiré  
la disculpa. (*Aparte.*) (Mal reprimo  
el dolor, cuando me animo  
a no decir lo que callo.  
Lo que en este lance hallo,  
ganar y perder se llama ;  
pues él me ganó la dama  
y yo le gané el caballo.)  
(*Vanse el infante, don Arias, don Diego y Co-  
quín.*)

## ESCENA X

*Don Gutierre y Doña Mencía.*

GUTIE.

Bellísimo dueño mío,  
ya que vive tan unida  
a dos almas una vida,  
dos vidas a un albedrío,  
de tu amor e ingenio fio  
hoy, que licencia me des  
para ir a besar los pies  
al rey mi señor, que viene  
de Castilla ; y le conviene  
a quien caballero es,  
irle a dar la bienvenida.  
Y fuera desto, ir sirviendo  
al infante Enrique, entiendo  
que es acción justa y debida,  
ya que debí a su caída  
el honor que hoy ha ganado  
nuestra casa.

MENC.

¿Qué cuidado  
más te lleva a darme enojos?

- GUTIE. No otra cosa, ¡por tus ojos!
- MENC. ¿Quién duda que haya causado algún deseo Leonor?
- GUTIE. ¿Eso dices? No la nombres.
- MENC. ¡Oh qué tales sois los hombres!
- ¡Hoy olvido, ayer amor,  
ayer gusto y hoy rigor!
- GUTIE. Ayer, como al sol no vía,  
hermosa me parecía  
la luna; mas hoy, que adoro  
al sol, ni dudo ni ignoro  
lo que hay de la noche al día.  
Escúchame un argumento.  
Una llama en noche oscura  
arde hermosa, luce pura,  
cuyos rayos, como aliento  
dulce ilumina del viento  
la esfera; sale el farol  
del cielo, y a su arrebol  
todo a sombra se reduce,  
ni arde, ni alumbra, ni luce;  
que es mar de rayos el sol.  
Aplicolo ahora: yo amaba  
una luz, cuyo esplendor  
vivió planeta mayor,  
que sus rayos sepultaba;  
una llama me alumbraba;  
pero era una llama aquella,  
que eclipsas divina y bella,  
siendo de luces crisol;  
porque hasta que sale el sol,  
parece hermosa una estrella.
- MENC. ¡Qué lisonjero os escucho!  
Muy metafísico estáis.
- GUTIE. En fin, ¿licencia me dais?
- MENC. Pienso que la deseáis mucho,  
por eso cobarde lucho  
conmigo.
- GUTIE. ¿Puede en los dos  
haber engaño, si en vos  
quedo yo y vos vais en mí?



MENC. Pues como os quedéis aquí,  
adiós, don Gutierre.

GUTIE. Adiós. (*Vase.*)

## ESCENA XI

*Jacinta y doña Mencía.*

JACIN. Triste, señora, has quedado.

MENC. Sí, Jacinta, y con razón.

JACIN. No sé qué nueva ocasión  
te ha suspendido y turbado,  
que una inquietud, un cuidado  
te ha divertido.

MENC. Es así.

JACIN. Bien puedes fiar de mí.

MENC. ¿Quieres ver si de ti fio  
vi vida y el honor mío?  
Pues escucha atenta.

JACIN. Di.

MENC. Nací en Sevilla, y en ella  
me vió Enrique, festejó  
mis desdenes, celebró  
mi nombre..., ¡felice estrella!  
Fuése, y mi padre atropella  
la libertad que hubo en mí:  
la mano a Gutierre di,  
volvió Enrique, y en rigor,  
tuve amor, y tengo honor.  
Esto es cuanto sé de mí. (*Vanse.*)

Sala en el alcázar de Sevilla.

## ESCENA XII

*Doña Leonor e Inés, con mantos.*

INES Ya sale para entrar en la capilla:  
aquí le espera, y a sus pies te humilla.

LEON. Lograré mi esperanza,  
si recibe mi agravio la venganza.

## ESCENA XIII

El Rey, Criados, un Soldado, un Viejo, Pretendientes.  
dichas.

VOCES (*Dentro.*) ¡Plaza!

PRE. 1.º Tu majestad aqueste lea.

REY Yo le haré ver

PRE. 2.º Tu alteza, señor, vea  
éste.

REY Está bien.

PRE. 2.º (*Aparte.*) Pocas palabras gasta.

PRE. 3.º Yo soy...

REY El memorial solo me basta.

SOLDA. (*Aparte.*) ¡Turbado estoy! Mal el temor resisto.

REY ¿De qué os turbáis?

SOLDA. ¿No basta haberos visto?

REY Sí basta. ¿Qué pedís?

SOLDA. Yo soy soldado.

Una ventaja.

REY Poco habéis pedido

para haberos turbado.

Una jineta os doy.

SOLDA. ¡Felice he sido!

VIEJO Un pobre viejo soy, limosna os pido.

REY Tomad este diamante.

VIEJO ¿Para mí os lo quitáis?

REY Y no os espante;

que, para darle de una vez quisiera,

sólo un diamante todo el mundo fuera.

LEON. Señor, a vuestras plantas

mis pies turbados llegan.

De parte de mi honor vengo a pedirlos,

con voces que se anegan en suspiros,

con suspiros que en lágrimas se anegan,

justicia: para vos y Dios apelo.

REY Sosegaos, señora, alzádel suelo.

LEON. (*Levántase.*) Yo soy...

REY No prosigáis de esa manera.

salíos todos afuera. (*Vanse todos menos la dama.*)



## ESCENA XIV

El Rey y doña Leonor.

- REY      Hablad ahora, porque si venisteis de parte del honor, como dijisteis, indigna cosa fuera que en público el honor sus quejas diera, y que a tan bella cara vergüenza la justicia le costara.
- LEON.    Pedro, a quien llama el mundo Justiciero, planeta soberano de Castilla, a cuya luz se alumbra este hemisferio, Júpiter español, cuya cuchilla rayos esgrime de templado acero, cuando blandida al aire alumbra y brilla, sangriento giro, que entre nubes de oro corta los cuellos de uno y otro moro : yo soy Leonor, a quien Andalucía llama (lisonja fué) Leonor la bella, no porque fuese la hermosura mía quien el nombre adquirió, sino la estrella, que quien decía bella, ya decía infelice ; que el nombre incluye y sella a la sombra no más de la hermosura poca dicha, señor ; poca ventura. Puso los ojos, para darme enojos, un caballero en mí, que ojalá fuera basilisco de amor a mis despojos, áspid de celos a mi primavera. Luego el deseo sucedió a los ojos, el amor al deseo, y de manera mi calle festejó, que en ella vía morir la noche y expirar el día. ¿Con qué razones, gran señor, herida la voz, diré que a tanto amor postrada, aunque el desdén me publicó ofendida, la voluntad me confesó obligada ? De obligada pasé a agradecida, luego de agradecida a apasionada, que en la universidad de enamorados

dignidades de amor se dan por grados.  
 Poca centella incita mucho fuego,  
 poco viento movió mucha tormenta,  
 poca nube al principio arroja luego  
 mucho diluvio, poca luz alienta  
 mucho rayo después, poco amor ciego  
 descubre mucho engaño ; y así intenta,  
 siendo centella, viento, nube, ensayo,  
 ser tormenta, diluvio, incendio, rayo.  
 Díome palabra que sería mi esposo,  
 que ese de las mujeres es el cebo  
 con que engaña al honor el cauteloso  
 pescador, cuya pasta es el Erebo  
 que aduerme los sentidos temeroso.  
 El labio aquí fallece, y no me atrevo  
 a decir que mintió. No es maravilla.  
 ¿Qué palabra se dió para cumplilla?  
 Con esta libertad entró en mi casa ;  
 si bien siempre el honor fué reservado,  
 porque yo, liberal de amor y escasa  
 de honor, me atuve siempre a este sagrado.  
 Mas la publicidad a tanto pasa,  
 y tanto esta opinión se ha delatado,  
 que en secreto quisiera más perderla  
 que con público escándalo tenerla.  
 Pedí justicia, pero soy muy pobre :  
 quejéme dél, pero es muy poderoso ;  
 y ya que es imposible que yo cobre,  
 pues se casó, mi honor, Pedro famoso,  
 si sobre tu piedad divina, sobre  
 tu justicia me admities generoso,  
 que me sustente en un convento pido.  
 Gutierre Alfonso de Solís ha sido.

REY

Señora, vuestros enojos  
 siento con razón, por ser  
 un Atlante, en quien descansa  
 todo el peso de la ley.  
 Si Gutierre está casado,  
 no podrá satisfacer,  
 como decís, por entero  
 vuestro honor ; pero yo haré  
 justicia como convenga



en esta parte ; si bien  
 no os debe restituir  
 honor que vos os tenéis.  
 Oigamos a la otra parte  
 disculpas tuyas ; que es bien  
 guardar el segundo oído  
 para quien llegue después ;  
 y fiad, Leonor, de mí.  
 que vuestra causa veré  
 de suerte que no os obligue  
 a que digáis otra vez  
 que sois pobre, él poderoso,  
 siendo yo en Castilla rey.  
 Mas Gutierre viene allí.  
 Podrá, si conmigo os ve,  
 conocer que me informasteis  
 primero. Aquese cancel  
 os encubra : aquí aguardad,  
 hasta que salgáis después.

LEON. En todo he de obedeceros. (*Escóndese.*)

## ESCENA XV

Coquín y el Rey.

COQU. (*Para sí.*) De sala en sala, pardiez,  
 a la sombra de mi amo,  
 que allí se quedó, llegué  
 hasta aquí. ¡ El cielo me valga !  
 ¡ Vive Dios, que está aquí el rey !  
 El me ha visto, y se mesura.  
 Plegue al cielo que no esté  
 muy alto aqúeste balcón,  
 por si me arroja por él.  
 ¿ Quién soys ?

REY

COQU.

REY

COQU.

¿ Yo, señor ?

Vos.

Yo

( ¡ válgame el cielo ! ) soy quien  
 vuestra majestad quisiere,  
 sin quitar y sin poner ;

porque un hombre muy discreto  
me dió por consejo ayer,  
no fuese quien en mi vida  
vos no quisieseis ; y fué  
de manera la lición,  
que antes, ahora y después  
quien vos quisiéredes sólo  
fuí, quien gustareis seré,  
quien os place soy ; y en esto  
¡ mirad con quién y sin quién !  
Y así, con vuestra licencia,  
por donde vine me iré  
hoy con mis pies de compás,  
si no con compás de pies.

REY

Aunque me habéis respondido  
cuanto pudiera saber,  
quién sois os he preguntado.

COQU.

Y yo os hubiera también  
al tenor de la pregunta  
respondido, a no temer  
que en diciéndoos quien soy, luego  
por un balcón me arrojéis,  
por haberme entrado aquí  
tan sin qué ni para qué,  
teniendo un oficio yo  
que vos no habéis menester.  
¿ Qué oficio tenéis ?

REY

COQU.

Yo soy  
cierto correo de a pie,  
portador de todas nuevas,  
hurón de todo interés,  
sin que se me haya escapado  
señor profeso o novel ;  
y del que me ha dado más,  
digo más, digo más bien.  
Todas las casas son mías,  
y aunque lo son, esta vez  
la de don Gutierre Alfonso  
es mi accesoria, en quien fué  
mi pasto meridiano  
un andaluz cordobés.  
Soy cofrade del contento ;





será reírme al revés.  
 Dicen que sois tan severo,  
 que a todos dientes hacéis :  
 ¿y qué os hice yo, que a mí solo  
 deshacérmelos queréis?  
 Pero vengo en el partido ;  
 que porque ahora me dejéis  
 ir libre, no lo rehuso ;  
 pues por lo menos un mes  
 me hallo aquí, como en la calle,  
 de vida ; y al cabo dél,  
 no es mucho que tome postas  
 en mi boca la vejez.  
 Y así voy a examinarme  
 de cosquillas. Voto a diez,  
 que os habéis de reír. Adiós,  
 y veámonos después. (*Vase.*)

# ESCENA XVI

*Don Enrique, don Gutierre, don Diego, don Arias, Criados  
 y el Rey.*

ENRIQ. Deme vuestra majestad  
 la mano.

REY Vengáis con bien,  
 Enrique. ¿Cómo os sentís

ENRIQ. Más, señor, el susto fué  
 que el golpe : estoy bueno.

GUTIE. A mí

vuestra majestad me dé  
 la mano, si mi humildad  
 merece tan alto bien,  
 porque el suelo que pisáis  
 es soberano dosel  
 que ilumina de los vientos  
 uno y otro rosicler.  
 Y vengáis con la salud  
 que este reyno ha menester,  
 para que os adore España  
 coronado de laurel.



REY De vos, don Gutierre Alfonso...

GUTIE. ¿Las espaldas me volvéis?

REY Grandes querellas me dan.

GUTIE. Injustas deben de ser.

REY ¿Quién es, decidme, Leonor,  
una principal mujer  
de Sevilla?

GUTIE. Una señora  
bella, ilustre y noble es,  
de lo mejor de esta tierra.

REY ¿Qué obligación la tenéis,  
a que habéis correspondido  
necio, ingrato y descortés?

GUTIE. No os he de mentir en nada;  
que el hombre, señor, de bien  
no sabe mentir jamás,  
y más delante del rey.  
Servíla, y mi intento entonces  
casarme con ella fué,  
si no mudara las cosas  
de los tiempos el vaivén.  
Visitéla, entré en su casa  
públicamente, si bien  
no le debo a su opinión  
de una mano el interés.  
Viéndome desobligado,  
pude mudarme después,  
y así, libre de este amor,  
en Sevilla me casé  
con doña Mencía de Acuña,  
dama principal, con quien  
vivo, fuera de Sevilla,  
una casa de placer.  
Leonor, mal aconsejada  
(que no la aconseja bien  
quien destruye su opinión),  
pleitos intentó poner  
a mi desposorio, donde  
el más riguroso juez  
no halló causa contra mí,  
aunque ella dice que fué  
diligencia del favor.

¡Mirad vos si a una mujer  
hermosa favor faltara,  
si le hubiera menester!  
Con este engaño pretende,  
puesto que vos lo sabéis,  
valerse de vos; y así,  
yo me pongo a vuestros pies,  
donde a la justicia vuestra  
dará la espada mi fe  
y mi lealtad la cabeza.

REY ¿Qué causa tuvisteis, pues,  
para tan grande mudanza?

GUTIE. ¿Novedad tan grande es  
mudarse un hombre? ¿No es cosa  
que cada día se ve?

REY Sí, pero de extremo a extremo  
pasar el que quiso bien,  
no fué sin grande ocasión.

GUTIE. Suplicoos no me apretéis,  
que soy hombre que, en ausencia  
de las mujeres, daré  
la vida por no decir  
cosa indigna de su ser.

REY ¿Luego vos causa tuvisteis?

GUTIE. Sí, señor; pero creed  
que si para mi descargo  
hoy hubiera menester  
decirlo, cuando importara  
vida y alma, amante fiel  
de su honor, no lo dijera.  
Pues yo lo quiero saber.

REY

GUTIE. Señor...

REY Es curiosidad.

GUTIE. Mirad...

REY No me repliquéis,  
que me enojaré, por vida...

GUTIE. Señor, señor, no juréis,  
que mucho menos importa  
que yo deje aquí de ser  
quien soy, que veros airado.

REY (*Aparte.*) (Que dijese lo apuré  
el suceso en alta voz,

EL ME

GUT

ARIA

GUT

LEO

REY

LEO



porque pueda responder  
Leonor si aqueste me engaña,  
y si habla verdad, por que  
convencida con su culpa,  
sepa Leonor que lo sé.)  
Decid, pues.

GUTIE. A mi pesar  
lo digo. Una noche entré  
en su casa, sentí ruido  
en una cuadra, llegué,  
y al mismo tiempo que fui  
a entrar, pude el bulto ver  
de un hombre que se arrojó  
del balcón ; bajé tras él,  
y sin conocerle, al fin  
pudo escaparse por pies.  
ARIAS (*Aparte.*) ¡ Válgame el cielo ! ¿ Qué es esto  
que miro ?

GUTIE. Y aunque escuché  
satisfacciones, y nunca  
di a mi agravio entera fe,  
fué bastante esta aprensión  
a no casarme ; porque  
si amor y honor son pasiones  
del ánimo, a mi entender,  
quien hizo al amor ofensa  
se le hace al honor en él ;  
porque el agravio del gusto  
al alma toca también.

## ESCENA XVII

*Doña Leonor ; dichos.*

LEON. Vuestra majestad perdone ;  
que no puedo detener  
el golpe a tantas desdichas  
que han llegado de tropel.  
REY (*Aparte.*) ¡ Vive Dios, que me engañaba !  
La prueba sucedió bien.  
LEON. Y oyendo contra mi honor  
presunciones, fuera ley

ARIAS

injusta que yo, cobarde,  
dejara de responder ;  
que menos perder importa  
la vida, cuando me dé  
este atrevimiento muerte,  
que vida y honor perder.  
Don Arias entró en mi casa...

Señora, espera, detén  
la voz. Vuestra majestad  
licencia, señor, me dé,  
porque el honor desta dama  
me toca a mí defender.  
Esa noche estaba en casa  
de Leonor una mujer  
con quien me hubiera casado,  
si de la parca el cruel  
golpe no cortara fiero  
su vida. Yo, amante fiel  
de su hermosura, seguí  
sus pasos, y en casa entré  
de Leonor (atrevimiento  
enamorado), sin ser  
parte a estorbarlo Leonor.  
Llegó don Gutierre, pues ;  
temerosa Leonor, dijo  
que me retirase a aquel  
apósito ; yo lo hice.  
¡ Mil veces malhaya, amén,  
quien de una mujer se rinde  
a admitir el parecer !  
Sintióme, entró, y a la voz  
de marido, me arrojé  
por el balcón. Y si entonces  
volví el rostro a su poder  
porque era marido, hoy  
que dice que no lo es,  
vuelvo a ponerme delante.  
Vuestra majestad me dé  
campo, en quien defienda altivo  
que no ha faltado a quien es  
Leonor, pues a un caballero  
se le concede la ley.

EL ME

GUTI  
REY

ARIA

GUTI

ENRI

LEON



GUTIE. Yo saldré donde... (*Empuñan.*)

REY ¿Qué es esto?

¿Cómo las manos tenéis  
en las espadas delante  
de mí? ¿No tembláis de ver  
mi semblante? Donde estoy  
¿hay soberbia ni altivez?  
Presos los llevad al punto :  
en dos torres los poned,  
y agradeced que no os pongo  
las cabezas a los pies. (*Vase.*)

ARIAS Si perdió Leonor por mí  
su opinión, por mí también  
la tendrá ; que esto se debe  
al honor de una mujer.

GUTIE. (*Aparte.*) No siento en desdicha tal  
ver riguroso y cruel  
al rey ; sólo siento que hoy,

Mencia, no te he de ver. (*Llévanlos presos.*)

ENRIQ. (*Aparte.*) (Con ocasión de la caza,  
preso Gutierre, podré  
ver esta tarde a Mencia.)  
Don Diego, conmigo ven,  
que tengo que porfiar  
hasta morir o vencer. (*Vanse.*)

LEON. ¡ Muerta quedo ! ¡ Plegue a Dios,  
ingrato, alevé y cruel,  
falso, engañador, fingido,  
sin fe, sin Dios y sin ley,  
que como inocente pierdo  
mi honor, venganza me dé  
el cielo ! ¡ El mismo dolor  
sientas que siento, y a ver  
llegues, bañado en tu sangre,  
deshonras tuyas, por que  
mueras con las mismas armas  
que matas, amén, amén !  
¡ Ay de mí, mi honor perdí.  
¡ Ay de mí !, mi muerte hallé.

## JORNADA SEGUNDA

Jardín de la quinta.

## ESCENA PRIMERA

*Jacinta y don Enrique, a oscuras.*

- JACIN. Llega con silencio.  
 ENRIQ. Apenas  
 los pies en la tierra puse.  
 JACIN. Este es el jardín, y aquí  
 pues de la noche te encubre  
 el manto, y pues don Gutierre  
 está preso, no hay que dudes,  
 sino que conseguirás  
 victorias de amor tan dulces.  
 ENRIQ. Si la libertad, Jacinta,  
 que te prometí, presumes  
 poco premio a bien tan grande,  
 pide más, y no te excuses  
 por cortedad; vida y alma  
 es bien que por tuyas juzgues.  
 JACIN. Aquí mi señora siempre  
 viene, y tiene por costumbre  
 pasar un poco la noche.  
 ENRIQ. Calla, calla, no pronuncies  
 otra razón, porque temo  
 que los vientos nos escuchen.  
 JACIN. Yo, para que tanta ausencia  
 no me indicie o no me culpe  
 deste delito, no quiero  
 faltar de allí. (*Vase.*)  
 ENRIQ. Amor ayude.  
 mi intento. Estas verdes hojas  
 me escondan y disimulen;  
 que no seré yo el primero  
 que a vuestras espaldas hurte  
 rayos al sol. Acteon  
 con Diana me disculpe. (*Vase.*)



## ESCENA II

*Doña Mencía, Jacinta, Teodora, Criadas.*

MENC. ¡Silvia, Teodora, Jacinta!

JACIN. ¿Qué mandas?

MENC. Que traigas luces,  
y venid todas conmigo  
a divertir pesadumbres  
de la ausencia de Gutierre,  
donde el natural presume  
vencer hermosos países  
que el arte dibuja y pule.  
Teodora,

TEODO. Señora mía.

MENC. Divierte con voces dulces  
esta tristeza.

TEODO. Holgaréme  
que de letra y tono gustes.  
*(Han puesto luz sobre un bufetillo, y siéntase  
doña Mencía en unas almohadas. Canta Teo-  
dora.)*

Ruiseñor, que con tu canto  
alegras este recinto,  
no te ausentes tan aprisa,  
que me das pena y martirio.  
*(Se queda dormida doña Mencía.)*

JACIN. No cantes más; que parece  
que ya el sueño al alma infunde  
sosiego y descanso. Y pues  
hallaron sus inquietudes  
en él sagrado, nosotras  
no la despertemos.

TEODO. Huye  
con silencio la ocasión.

JACIN. *(Aparte.)* Yo lo haré, por que la busque  
quien la deseó. ¡Oh, criadas,  
y cuántas honras ilustres  
se han perdido por vosotras!  
*(Vanse todas las criadas.)*

## ESCENA III

*Don Enrique y Doña Mencía, dormida.*

- ENRIQ. Sola se quedó. No duden  
mis sentidos tanta dicha.  
Y ya que a esto me dispuse,  
pues la ventura me falta,  
tiempo y lugar me aseguren.  
¡Hermosísima Mencía!
- MENC. (*Despierta.*) ¡Válgame Dios!
- ENRIQ. No te asustes.
- MENC. ¿Qué es esto?
- ENRIQ. Un atrevimiento,  
a quien es bien que disculpen  
tantos años de esperanza.
- MENC. ¿Pues, señor, vos...?
- ENRIQ. No te turbes.
- MENC. Desta suerte...
- ENRIQ. No te alteres.
- MENC. ¿Entrasteis...
- ENRIQ. No te disgustes.
- MENC. ...en mi casa, sin temer  
que así a una mujer destruye,  
y que así ofende a un vasallo  
tan generoso y ilustre?
- ENRIQ. Esto es tomar tu consejo.  
Tú me aconsejas que escuche  
disculpas de aquella dama,  
y vengo a que te disculpes  
conmigo de mis agravios.
- MENC. Es verdad, la culpa tuve;  
pero si he de disculparme,  
tu alteza, señor, no dude  
que es en orden a mi honor.
- ENRIQ. ¿Que ignoro, acaso presumes,  
el respeto que les debo  
a tu sangre y tus costumbres?  
El achaque de la caza,  
que en estos campos dispuse,  
no fué fatigar la caza,

MEN

ENRIQ

MENC

ENRIQ

MENC

ENRIQ



estorbando que salude  
a la venida del día,  
sino a ti, garza, que subes  
tan remontada ; que tocas  
por las campañas azules  
de los palacios del sol  
los dorados balaustres.

MENC. Muy bien, señor, vuestra alteza  
a las garzas atribuye  
esta lucha ; pues la garza  
de tal instinto presume,  
que volando hasta los cielos,  
rayo de pluma sin lumbre,  
ave de fuego con alma,  
con instinto alada nube,  
pardo cometa sin fuego,  
quieren que su intento burlen  
azores reales ; y aun dicen  
que, cuando de todos huye,  
conoce al que ha de matarla ;  
y así antes que con él luche  
el temor la hace que tiemble,  
se estremezca y se espeluce.  
Así yo, viendo a tu alteza,  
quedé muda, absorta estuve,  
conoci el riesgo y temblé,  
tuve miedo y horror tuve ;  
por que mi temor no ignore,  
por que mi espanto no dude  
que es quien me ha de dar la muerte.

ENRIQ. Ya llegué a hablarte, ya tuve  
ocasión, no he de perderla.

MENC. ¿Cómo esto los cielos sufren?  
Daré voces.

ENRIQ. A ti misma  
te infamas.

MENC. ¿Cómo no acuden  
a darme favor las fieras?

ENRIQ. Porque de enojarme huyen.

## ESCENA IV

*Don Gutierre; dichos.*

GUTIE. (*Dentro.*) Ten ese estribo, Coquín,  
y llama a esa puerta.

MENC. ¡Cielos!

No mintieron mis recelos,  
llegó de mi vida el fin.  
Don Gutierre es éste, ¡ay, Dios!

ENRIQ. ¡Oh, qué infelice nací!

MENC. ¿Qué ha de ser, señor, de mí,  
si os halla conmigo a vos?

ENRIQ. ¿Pues qué he de hacer?

MENC. Retiraros.

ENRIQ. ¿Yo me tengo de esconder?

MENC. El honor de una mujer  
a más que esto ha de obligaros.  
No podéis salir (¡soy muerta!);  
que como allá no sabían  
mis criadas lo que hacían,  
abrieron luego la puerta.  
Aun salir no podéis ya.

ENRIQ. ¿Qué haré en tanta confusión?

MENC. Detrás de ese pabellón,  
que en misma cuadra está,  
os esconded.

ENRIQ. No he sabido,  
hasta la ocasión presente,  
qué es temor. ¡Oh, qué valiente  
debe de ser un marido! (*Vase.*)

MENC. Si inocente una mujer  
no hay desdicha que no aguarde,  
¡válgame Dios, qué cobarde  
la culpa debe de ser!

## ESCENA V

*Don Gutierre, Coquín, Jacinta y Doña Mencía.*

GUTIE. Mi bien, señora, los brazos  
darme una y mil veces puedes.

MENC. Con envidia de estas redes



que en tan amorosos lazos  
están inventando abrazos.

GUTIE. No dirás que no he venido  
a verte.

MENC. Fineza ha sido  
de amante firme y constante.

GUTIE. No dejo de ser amante  
yo, mi bien, por ser marido ;  
que por propia la hermosura  
no desmerece jamás  
las finezas ; antes más  
las alienta y asegura,  
y así a su riesgo procura  
los medios, las ocasiones.

MENC. En obligación me pones.

GUTIE. El alcaide que conmigo  
está, es mi deudo y amigo,  
y quitándome prisiones  
al cuerpo, me las echó  
al alma, porque me ha dado  
ocasión de haber llegado  
a tan grande dicha yo  
como es a verte.

MENC. ¿Quién vió  
mayor gloria... ?

GUTIE. Que la mía ;  
aunque, si bien advertía,  
hizo muy poco por mí  
en dejarme que hasta aquí  
viniese ; pues si vivía  
yo sin alma en la prisión  
por estar en ti, mi bien,  
darme libertad fué bien,  
para que en esta ocasión  
alma y vida con razón  
otra vez se viese unida ;  
porque estaba dividida,  
temiendo prolija calma,  
en una prisión el alma  
y en otra prisión la vida.

MENC. Dicen que dos instrumentos  
conformemente templados,

por los ecos dilatados  
comunican los acentos :  
tocan el uno, y los vientos  
hiere el otro, sin que allí  
nadie le toque ; y en mí  
esta experiencia se viera ;  
pues si el golpe allá te hiriera,  
muriera yo desde aquí.

COQU. ¿Y no le darás, señora,  
tu mano por un momento  
a un preso de cumplimiento,  
pues llora, siente y ignora  
por qué siente y por qué llora,  
y está su muerte esperando  
sin saber por qué ni cuándo?  
Pero...

MENC. Coquín, ¿qué hay en fin?

COQU. Fin al principio en Coquín  
hay, que eso estoy contando.  
Mucho el rey me quiere ; pero  
si el rigor pasa adelante,  
mi amo será muerto andante,  
pues irá con escudero.

MENC. (*A don Gutierre.*) Poco regalarte espero,  
porque como no aguardaba  
huésped, descuidada estaba.  
Cena os quiero apereibir.

GUTIE. Una esclava puede ir.

MENC. Ya, señor, ¿no va una esclava?  
Yo lo soy, y lo he de ser.

Jacinta, venme a ayudar.

(*Aparte.*) En salud me he de curar :

ved, honor, cómo ha de ser,

porque me he de resolver

a una temeraria acción. (*Vanse las dos.*)

## ESCENA VI

*Don Gutierre y Coquín.*

GUTIE. Tú, Coquín, a esta ocasión  
aquí te queda, y extremos



olvida, y mira que habemos  
de volver a la prisión  
antes del día, y ya falta  
poco : aquí puedes quedarte.

COQU. Yo quisiera aconsejarte  
una industria, la más alta  
que el ingenio humano esmalta :  
en ella tu vida está.  
¡ Oh qué industria !...

GUTIE. Dila ya.

COQU. Para salir sin lesión  
sano y bueno de prisión.

GUTIE. ¿Cuál es?

COQU. No volver allá.  
¿ No estás bueno? ¿ No estás sano?  
Con no volver, claro ha sido  
que sano y bueno has salido.

GUTIE. ¡ Vive Dios, necio, villano,  
que te mate por mi mano !  
¿ Pues tú me has de aconsejar  
tan vil acción, sin mirar  
la confianza que aquí  
hizo el alcaide de mí?

COQU. Señor, yo llego a dudar  
(que soy más desconfiado)  
de la condición del rey ;  
y así el honor de esa lev  
no se entiende en el criado,  
y hoy estoy determinado  
a dejarte y no volver.

GUTIE. ¿ Dejarme tú?

COQU. ¿ Qué he de hacer?

GUTIE. Y de ti, ¿ qué han de decir?

COQU. ¿ Y heme de dejar morir,  
por sólo bien parecer?  
Si el morir, señor, tuviera  
descarte o enmienda alguna,  
cosa, que de dos la una,  
un hombre hacerla pudiera,  
yo probara la primera  
por servirte ; mas ¿ no ves  
que rifa la vida es?

Entro en ella, vengo y tomo  
cartas, y piérdola: ¿cómo  
me desquitaré después?  
Perdida se quedará,  
si la pierdo por tu engaño,  
desde aquí a ciento y un año.

## ESCENA VII

*Doña Mencía, muy alborotada; dichos.*

MENC. Señor, tu favor me da.  
GUTIE. ¡Válgame Dios!, ¿qué será?  
¿Qué puede haber sucedido?  
MENC. Un hombre...  
GUTIE. ¡Presto!  
MENC. ...escondido  
en mi aposento he encontrado,  
encubierto y rebozado.  
Favor, Gutierre, te pido.  
GUTIE. ¿Qué dices? ¡Válgame el cielo!  
Ya es forzoso que me asombre.  
¿Embozado en casa un hombre?  
MENC. Yo le vi.  
GUTIE. Todo soy hielo.  
Toma esa luz.  
COOU. ¿Yo?  
GUTIE. El recelo  
pierde, pues conmigo vas.  
MENC. Villano, ¿cobarde estás?  
Saca tú la espada, y yo  
iré. La luz se cayó.  
(*Al tomar la luz, la mata disimuladamente.*)

## ESCENA VIII

*Jacinta y don Enrique, siguiéndola; dichos.*

GUTIE. Esto me faltaba más;  
pero a oscuras entraré. (*Vase.*)



- JACIN. (*Aparte a don Enrique.*) Síguete, señor, por mí.  
Seguro vas por aquí,  
que toda la casa sé.  
(*Mientras don Gutierre ha entrado dentro por una puerta, lleva Jacinta a don Enrique por otro lado. Vuelve a salir don Gutierre, y encuentra a Coquín.*)
- COOU. ¿Dónde iré yo?
- GUTIE. (*Aparte.*) Ya encontré  
el hombre.
- COOU. Señor, advierte...
- GUTIE. (*Aparte.*) ¡Vive Dios, que desta suerte,  
hasta que sepa quién es,  
le he de tener! Que después  
le darán mis manos muerte.
- COOU. Mira que yo...
- MENC. (*Aparte.*) ¡Qué rigor!  
Si es que con él ha encontrado,  
¡ay de mí! (*Vuelve Jacinta con luz.*)
- GUTIE. Luz han sacado.  
¿Quién eres, hombre?
- COQU. Señor,  
yo soy.
- GUTIE. ¡Qué engaño! ¡Qué error!
- COOU. Pues yo ¿no te lo decía?
- GUTIE. Que me hablabas presumía,  
pero no que eras el mismo  
que tenía. ¡Oh ciego abismo  
del alma y paciencia mía!
- MENC. (*Aparte a ella.*) ¿Salió ya, Jacinta?
- JACIN. Sí.
- MENC. ¿Cómo esto en tu presencia pasa?  
Mira bien toda la casa,  
que como saben que aquí  
no estás, se atreven así  
ladrones.
- GUTIE. A verla voy.  
Suspiros al cielo doy  
que mis sentimiento lleven,  
si es que a mi casa se atreven,  
por ver que en ella no estoy. (*Vase él y Coquín.*)

## ESCENA IX

*Doña Mencía, Jacinta.*

JACIN. Grande atrevimiento fué  
determinarse, señora,  
a tan grande acción ahora.

MENC. En ella mi vida hallé.

JACIN. ¿Por qué lo hiciste?

MENC. Porque  
si yo no se lo dijera,  
y Gutierre lo sintiera,  
la presunción era clara,  
pues no se desengañara  
de que yo cómplice era;  
y no fué dificultad  
en ocasión tan cruel,  
haciendo del ladrón fiel,  
engañar con la verdad.

## ESCENA X

*Don Gutierre, que debajo de la capa trae una daga;  
Doña Mencía y Jacinta.*

GUTIE. (*A doña Mencía.*) ¿Qué ilusión, qué vanidad  
desta suerte te burló?  
Toda la casa vi yo,  
pero en ella no encontré  
sombra de que verdad fué  
lo que a ti te pareció.  
(*Aparte.*) (*Mas engañome, ¡ay de mí!,  
que esta daga que hallé, ¡cielos!,  
con sospechas y recelos  
previene mi muerte en sí.  
Mas no es esto para aquí.)  
Mi bien, mi esposa, Mencía,  
ya la noche en sombra fría  
su manto va recogiendo,  
y cobardemente huyendo*



de la hermosa luz del día.  
Mucho siento, claro está,  
el dejarte en esta parte,  
por dejarte, y por dejarte  
con este temor ; mas ya  
es hora.

MENC. Los brazos da  
a quien te adora.

GUTIE. El favor  
estimo.

(*Al ir a abrazarle doña Mencía, ve la daga.*)

MENC. ¡Tente, señor !  
¿Tú la daga para mí?  
En mi vida te ofendí ;  
detén la mano al rigor (1),  
detén...

GUTIE. ¿De qué estás turbada,  
mi bien, mi esposa, Mencía?

MENC. Al verte así presumía  
que ya en mi sangre bañada,  
hoy moría desangrada.

GUTIE. Como a ver la casa entré,  
así esta daga saqué.

MENC. Toda soy una ilusión.

GUTIE. ¡Jesús, qué imaginación !

MENC. En mi vida te he ofendido.

GUTIE. ¡Qué necia disculpa ha sido !  
Pero suele una aprensión (2)  
tales medios prevenir.

MENC. Mis tristezas, mis enojos,  
vanas quimeras y antojos,  
suelen mi engaño fingir.

GUTIE. Si yo pudiese venir,  
vendré a la noche, y adiós.

MENC. El vaya, señor, con vos. (*Aparte.*)

(¡Oh qué asombros ! ¡Oh qué extremos !)

GUTIE. (*Aparte.*) ¡Ay, honor, mucho tenemos  
que hablar a solas los dos ! (*Vanse.*)

---

(1) (2) Esta escena X y las cinco anteriores están escritas en décimas regulares ; pero aquí, entre dos de ellas, hay una combinación particular que consta de doce versos.

Cámara real en el alcázar.

## ESCENA XI

*Don Diego y El rey con broquel y capa de color, y mientras habla, se muda en traje de negro.*

- REY Ten, don Diego, esa rodela.  
 DIEGO Tarde vienes a acostarte.  
 REY Toda la noche rondé  
 de aquesta ciudad las calles,  
 que quiero saber así  
 sucesos y novedades  
 de Sevilla, que es lugar  
 donde cada noche salen  
 cuentos nuevos; y deseo  
 desta manera informarme  
 de todo, para saber  
 lo que convenga.
- DIEGO Bien haces,  
 que el rey debe ser un Argos,  
 en su reino, vigilante:  
 el emblema de aquel cetio  
 con dos ojos lo declare.  
 Mas ¿qué vió tu majestad?
- REY Vi recatados galanes,  
 damas desveladas vi,  
 músicas, fiestas y bailes,  
 muchos garitos, de quien  
 eran siempre voces grandes  
 la tablilla, que decía:  
 «Aquí hay juego, caminante».  
 Vi valientes infinitos:  
 y no hay cosa que me canse  
 tanto como ver valientes,  
 y que por oficio pase  
 ser uno valiente aquí.  
 Mas por que no se me alaben  
 que no doy examen yo  
 a oficio tan importante,  
 a una tropa de valientes



probé solo en una calle.  
DIEGO Mal hizo tu majestad.  
REY Antes bien, pues con su sangre  
llevaron iluminada...  
DIEGO ¿Qué?  
REY La carta del examen.

## ESCENA XII

*Coquín; dichos.*

COQU. (*Aparte.*) No quise entrar en la torre  
con mi amo, por quedarme  
a saber lo que se dice  
de su prisión. Pero ¡tate!  
(*que es un pero muy honrado*  
del celebrado linaje  
de los tates de Castilla),  
porque el rey está delante.  
REY Coquín.

COQU. Señor.  
REY ¿Cómo va?  
COQU. Responderé a lo estudiante.  
REY ¿Cómo?

COQU. *De corpore, bene;*  
*pero de pecuniis, male.*  
REY Decid algo, pues sabéis,  
Coquín, que como me agrade  
tenéis aquí cien escudos.

COQU. Fuera hacer tú aquesta tarde  
el papel de una comedia  
que se intitula *El Rey Angel*.  
Pero con todo eso traigo  
hoy un cuento que contarte  
que remata en epigrama.

REY Si es vuestro, será elegante.  
Vaya el cuento.

COQU. Yo vi ayer  
de la cama levantarse  
un capón con bigotera.  
¿No te ríes de pensarle

curándose sobre sano  
con tan vagamundo parche?  
A esto un epigrama hice.  
(No te pido, Pedro el Grande,  
casas ni viñas; que sólo  
risa pido: en este guante  
dad vuestra bendita risa  
a un gracioso vergonzante.)  
«Floro, casa muy desierta  
la tuya debe de ser,  
porque eso nos da a entender  
la cédula de la puerta:  
donde no hay carta, ¿hay cubierta?  
¿Cáscara sin fruta? No,  
no pierdas tiempo; que yo,  
esperando los provechos,  
he visto labrar barbechos,  
mas barbi-deshechos, no.»  
¡Qué frialdad!

REY  
COOU.

No es más caliente.

ESCENA XIII

*Don Enrique ; dichos.*

ENRIO. Dadme vuestra mano.

REY Infante.

¿cómo estáis?

ENRIQ. Tengo salud,  
contento de que se halle  
vuestra majestad con ella;  
y esto, señor, a una parte:  
don Arias...

REY Don Arias es  
vuestra privanza : sacadle  
de la prisión, y haced vos,  
Enrique, esas amistades,  
que a vos os deben las vidas.

ENRIQ. La tuya los cielos guarden,  
y heredero de ti mismo,  
apuestes eternidades  
con el tiempo. (*Vase el rey.*)



## ESCENA XIV

*Don Enrique, Don Diego y Coquín.*

ENRIQ. Iréis, don Diego,  
a la torre, y al alcaide  
le diréis que traiga aquí  
los dos presos. (*Aparte.*) ¡Cielos!, dadme  
(*Vase don Diego.*)  
paciencia en tales desdichas  
y prudencia en tantos males.)  
Coquín, ¿tú estabas aquí?

COQU. Y más me valiera en Flandes.

ENRIQ. ¿Cómo?

COQU. Es el rey un prodigio  
de todos los animales.

ENRIQ. ¿Por qué?

COQU. La naturaleza  
permite que el toro brame,  
ruja el león, muja el buey,  
el asno rebuzne, el ave  
cante, el caballo relinche,  
ladre el perro, el gato maye,  
aúlle el lobo, el lechón gruña,  
y sólo permitió darle  
risa al hombre, y Aristóteles  
risible animal le hace  
por definición perfecta;  
y el rey, contra el orden y arte,  
no quiere reírse. Deme  
el cielo para sacarle  
risa todas las tenazas  
del buen gusto y del donaire. (*Vase.*)

## ESCENA XV

*Don Gutierre, Don Arias, Don Diego y Don Enrique.*

DIEGO Ya, señor, están aquí  
los presos.

GUTIE. Danos tus plantas.

ARIAS Hoy al cielo nos levantas.

- ENRIQ. El rey mi señor de mí  
(porque humilde le pedí  
vuestras vidas este día)  
estas amistades fia.
- GUTIE. El honrar es dado a vos.  
(*Coteja la daga que se halló con la espada del  
infante.*)  
(*Aparte.*) (¿Qué es esto que miro?, ¡ay, Dios!)
- ENRIQ. Las manos os dad.
- ARIAS La mía  
es ésta.
- GUTIE. Y éstos mis brazos,  
cuyo lazo y nudo fuerte  
no desatará la muerte  
sin que los haga pedazos.
- ARIAS Confirmen estos abrazos  
firme amistad desde aquí.
- ENRIQ. Esto queda bien así.  
Entrambos sois caballeros,  
en acudir los primeros  
a su obligación; y así  
está bien el ser amigo  
uno y otro; y quien pensare  
que no queda bien, repare  
en que ha de reñir conmigo.
- GUTIE. A cumplir, señor, me obligo  
las amistades que juro:  
obedeceros procuro,  
y pienso que me honraréis  
tanto, que de mí creréis  
lo que de mí estáis seguro.  
Sois fuerte enemigo vos,  
y cuando lealtad no fuera,  
por temor no me atreviera  
a romperlas, vive Dios.  
Vos y yo para otros dos:  
me estuviera a mí muy bien  
mostrar entonces, también,  
que sé cumplir lo que digo;  
mas con vos por enemigo,  
¿quién ha de atreverse?, ¿quién?  
Tanto enojaros temiera,



el alma cuerda y prudente,  
que a miraros solamente  
tal vez aun no me atreviera ;  
y si en ocasión me viera  
de probar vuestros aceros,  
cuando yo sin conoceros  
a tal extremo llegara  
que se muriera estimara  
la luz del sol por no veros.

ENRIQ. (*Aparte.*) (De sus quejas y suspiros  
grandes sospechas prevengo.)  
Venid conmigo, que tengo  
muchas cosas que deciros,  
don Arias.

ARIAS Iré a serviros.  
(*Vanse don Enrique, don Diego y don Arias.*)

## ESCENA XVI

*Don Gutierre.*

GUTIE. Nada Enrique respondió ;  
sin duda se convenció  
de mi razón, ¡ay de mí !  
¿Podré ya quejarme? Sí ;  
pero consolarme, no.  
Ya estoy solo, ya bien puedo  
hablar. ¡Ay, Dios !, ¡quién pudiera  
reducir sólo a un discurso,  
medir con sola una idea  
tantos géneros de agravios,  
tantos linajes de penas  
como, cobardes, me asaltan ;  
como atrevidos me cercan !  
¡Ahora, ahora, valor,  
salga repetido en quejas,  
salga en lágrimas envuelto,  
el corazón a las puertas  
del alma, que son los ojos !  
Y en ocasión como ésta,  
bien podéis, ojos, llorar :  
no lo dejéis de vergüenza.

¡Ahora, valor, ahora  
es tiempo de que se vea  
que sabéis medir iguales  
el valor y la prudencia!  
Pero cese el sentimiento,  
y a fuerza de honor, y a fuerza  
de valor, aun no me dé,  
para quejarme, licencia;  
porque adula sus penas  
el que pide a la voz justicia dellas.  
Pero vengamos al caso,  
quizá hallaremos respuesta.  
¡Oh, ruego a Dios que la haya!  
¡Oh, plegue a Dios que la tenga!—  
Anoche llegué a mi casa,  
es verdad; pero las puertas  
me abrieron luego, y mi esposa  
estaba segura y quieta.  
En cuanto a que me avisaron  
de que estaba un hombre en ella,  
tengo disculpa en que fué,  
la que me avisó, ella mesma.  
En cuanto a que se mató  
la luz, ¿qué testigo prueba  
aquí que no pudo ser  
un caso de contingencia?  
En cuanto a que hallé esta daga,  
hay criados de quien pueda  
ser. En cuanto (¡ay dolor mío!)  
que con la espada convenga  
del Infante, puede ser  
otra espada como ella;  
que no es labor tan extraña,  
que no hay mil que la parezcan.  
Y apurando más el caso,  
confieso (¡ay de mí!) que sea  
del Infante, y más confieso,  
que estaba allí, aunque no fuera  
posible dejar de verle;  
mas siéndolo, ¿no pudiera  
no estar culpada Mencía?  
Que el oro es llave maestra,



que las guardas de criadas  
por instantes nos falsea.  
¡ Oh ! ¡ Cuánto me estimo haber  
hallado esta sutileza !  
Y así acortemos discursos,  
pues todos juntos se cierran  
en que Mencía es quien es,  
y soy quien soy. No hay quien pueda  
borrar de tanto esplendor  
la hermosura y la pureza.  
—Pero sí puede, mal digo ;  
que al sol una nube negra,  
si no le mancha, le turba ;  
si no le eclipsa, le hiela.  
¿ Qué injusta ley condena,  
que muera el inocente y que padezca ?  
A peligro estáis, honor,  
no hay hora en vos que no sea  
crítica, en vuestro sepulcro  
vivís, puesto que os alienta  
la mujer, en ella estáis  
pisando siempre la huesa.  
Yo os he de curar, honor,  
y pues al principio muestra  
este primero accidente  
tan grave peligro, sea  
la primera medicina  
cerrar al daño las puertas,  
atajar al mal los pasos.  
Y así os receta y ordena  
*El Médico de su honra*  
primeramente la dieta  
del silencio, que es guardar  
la boca, tener paciencia ;  
luego dice que apliquéis  
a vuestra mujer finezas,  
agrados, gustos, amores,  
lisonjas, que son las fuerzas  
defensibles, porque el mal  
con el despego no crezca ;  
que sentimientos, disgustos,  
celos, agravios, sospechas

con la mujer, y más propia,  
 aun más que sanan, enferman.  
 Esta noche iré a mi casa,  
 de secreto entraré en ella  
 por ver qué malicia tiene  
 el mal; y hasta apurar ésta,  
 disimularé, si puedo,  
 esta desdicha, esta pena,  
 este rigor, este agravio,  
 este dolor, esta ofensa,  
 este asombro, este delirio,  
 este cuidado, esta afrenta,  
 estos celos... ¿Celos dije?  
 ¡Qué mal hice! Vuelva, vuelva  
 al pecho la voz. Mas no,  
 que si es ponzoña que engendra  
 mi pecho, si no me dió  
 la muerte (¡ay de mí!) al verterla,  
 al volverla a mí podrá;  
 que de la víbora cuentan,  
 que la mata su ponzoña  
 si fuera de sí la encuentra.  
 ¿Celos dije? ¿Celos dije?  
 Pues basta; que cuando llega  
 un marido a saber que hay  
 celos, faltará la ciencia;  
 y es la cura postrera  
 que el médico de honor hacer intenta. (*Vase.*)

## ESCENA XVII

*Don Arias y doña Leonor.*

ARIAS No penséis, bella Leonor,  
 que el no haberos visto fué  
 porque negar intenté  
 las deudas que a vuestro honor  
 tengo; y acreedor a quien  
 tanta deuda se previene,  
 el deudor buscando viene,  
 no a pagar, porque no es bien,  
 que necio y loco presuma



que pueda jamás llegar  
a satisfacer y dar  
cantidad que fué tan suma ;  
pero, en fin, ya que no pago,  
que soy el deudor confieso :  
no os vuelvo el rostro, y con eso  
la obligación satisfago.

LEON. Señor don Arias, yo he sido la que obligada de vos, en las cuentas de los dos, más interés ha tenido. Confieso que me quitasteis un esposo a quien quería; mas quizá la suerte mía, por ventura, mejorasteis; pues es mejor que sin vida, sin opinión, sin honor viva, que no sin amor, de un marido aborrecida. Yo tuve la culpa, yo la pena siento, y así sólo me quejo de mí y de mi estrella.

ARIAS

Eso no.  
Quitarme, Leonor hermosa,  
la culpa, es querer negar  
a mis deseos lugar ;  
pues si mi pena amorosa  
os signifíco, ella diga,  
en cifra sucinta y breve,  
que es vuestro amor quien me mueve ;  
mi deseo quien me obliga  
a deciros que, pues fui  
causa de penas tan tristes,  
si esposo por mí perdisteis,  
tengeis esposo por mí.

LEON.

Señor don Arias, estimo  
como es razón, la elección ;  
y aunque con tanta razón  
dentro del alma la imprimo,  
licencia me habéis de dar  
de responderos también,

que no puede estarme bien,  
 no, señor, porque a ganar  
 no llegaba yo infinito ;  
 sino porque si vos fuisteis  
 quien a Gutierre le disteis  
 de un mal formado delito  
 la ocasión, y ahora viera  
 que me casaba con vos,  
 fácilmente entre los dos  
 de aquella sospecha hiciera  
 evidencia ; y disculpado  
 con demostración tan clara,  
 con todo el mundo quedara  
 de haberme a mí despreciado.  
 Y yo estimo de manera  
 el quejarme con razón,  
 que no he de darle ocasión  
 a la disculpa primera ;  
 porque, si en un lance tal,  
 le culpan cuantos le ven,  
 no han de pensar que hizo bien  
 quien yo pienso que hizo mal.  
 FRÍVOLA respuesta ha sido  
 la vuestra, bella Leonor ;  
 pues cuando de antiguo amor  
 os hubiera convencido  
 la experiencia, ella también  
 disculpa en la enmienda os da.  
 ¿Cuánto peor os estará  
 que tenga por cierto, quien  
 le imaginó, vuestro agravio,  
 y no le constó después  
 la satisfacción?

ARIAS

LEON.

No es  
 amante prudente y sabio,  
 don Arias, quien aconseja  
 lo que en mi daño se ve.  
 Pues si agravio entonces fué,  
 no por eso ahora deja  
 de ser agravio también ;  
 y peor, cuanto haber sido  
 de imaginado a creído :



y a vos no os estará bien tampoco.

ARIAS

Como yo sé la inocencia de ese pecho en la ocasión, satisfecho siempre de vos estaré. En mi vida he conocido galán necio, escrupuloso y con extremo celoso, que en llegando a ser marido no le castiguen los cielos. Gutierre pudiera bien decirlo, Leonor; pues quien levantó tantos desvelos de un hombre en la ajena casa, extremos pudiera hacer mayores, pues llega a ver lo que en la propia le pasa.

LEON.

Señor don Arias, no quiero escuchar lo que decís, que os engaáis o mentís. Don Gutierre es caballero, que en todas las ocasiones, con obrar y con decir, sabrá, vive Dios, cumplir muy bien sus obligaciones; y es hombre cuya cuchilla, o cuyo consejo sabio, sabrá no sufrir su agravio ni a un Infante de Castilla. Si pensáis vos que con eso mis enojos aduláis, muy mal, don Arias, pensáis; y si la verdad confieso, mucho perdisteis conmigo; pues si fuerais noble vos, no hablarades, vive Dios, así de vuestro enemigo. y yo, aunque ofendida estoy, y aunque la muerte le diera con mis manos si pudiera, no le murmurara hoy

en el honor, desleal.  
 Sabed, don Arias, que quien  
 una vez le quiso bien,  
 no se vengará en su mal. (*Vase.*)  
 ARIAS No supe qué responder.  
 Muy grande ha sido mi error,  
 pues en escuelas de honor  
 arguyendo una mujer  
 me convence. Iré al Infante,  
 y humilde le rogaré  
 que de estos cuidados dé  
 parte ya de aquí adelante  
 a otro; y porque no lo yerre,  
 ya que el día va a morir,  
 me ha de matar, o no he de ir  
 en casa de don Gutierre. (*Vase.*)

Jardín.

### ESCENA XVIII

*Don Gutierre, que sale como saltando unas tapias; doña Mencía, durmiendo.*

GUTIE. En el mudo silencio  
 de la noche que adoro y reverencio,  
 por sombra aborrecida,  
 como sepulcro de la humana vida,  
 de secreto he venido  
 hasta mi casa, sin haber querido  
 avisar a Mencía  
 de que ya libertad del rey tenía,  
 para que descuidada  
 estuviese (¡ay de mí!) desta jornada.  
 Médico de mi honra  
 me llamo, pues procuro mi deshonra  
 curar; y así he venido  
 a visitar mi enfermo a hora que ha sido  
 de ayer la misma (¡cielos!),  
 a ver si el accidente de mis celos  
 a su tiempo repite:



el dolor mis intentos facilite.  
Las tapias de la huerta  
salté, porque no quise por la puerta  
entrar. ¡Ay Dios!, ¡qué introducido engaño  
es en el mundo, no querer su daño  
examinar un hombre,  
sin que el recelo ni el temor le asombre!  
Dice mal quien lo dice;  
que no es posible, no, que un infelice  
no llore sus desvelos:  
mintió quien dijo que calló con celos,  
o confiésemme aquí que no los siente,  
mas ¡sentir y callar! otra vez miente.  
Este es el sitio donde  
suele de noche estar: aun no responde  
el eco entre estos ramos.  
Vamos pasito, honor, que ya llegamos;  
que en estas ocasiones  
tienen los celos pasos de ladrones.  
(*Ve a doña Mencía.*)  
¡Ay, hermosa Mencía,  
qué mal tratas mi amor y la fe mía!  
Volverme otra vez quiero.  
Bueno he hallado mi honor, hacer no quiero  
por ahora otra cura,  
pues la salud en él está segura.  
Pero ¿ni una criada  
la acompaña? ¿Si acaso retirada  
aguarda?... — ¡Oh, pensamiento  
injusto! ¡Oh, vil temor! ¡Oh, infame aliento!  
Ya con esta sospecha  
no he de volverme; y pues que no aprovecha  
tan grave desengaño,  
apuremos de todo en todo el daño.  
Mato la luz, y llego (*Apaga la luz.*),  
sin luz y sin razón, dos veces ciego;  
pues bien encubrir puedo  
el metal de la voz, hablando quedo.—  
¡Mencía! (*Despiértala.*)

MENC.

¡Ay, Dios! ¿Qué es esto?

GUTIE.

No des voces.

MENC.

¿Quién es?

- GUTIE. Mi bien, yo soy ; ¿no me conoces?  
 MENC. Sí, señor ; que no fuera  
 otro tan atrevido...  
 GUTIE. (*Aparte.*) Ella me ha conocido.  
 MENC. Que así hasta aquí viniera.  
 ¿Quién hasta aquí llegara,  
 que no fuéades vos, que no dejara  
 en mis manos la vida,  
 con valor y con honra defendida?  
 GUTIE. (*Aparte.*) ¡Qué dulce desengaño !  
 ¡Bienhaya, amén, el que apuró su daño !  
 Mencía, no te espantes de haber visto  
 tal extremo.  
 MENC. ¡Qué mal, temor, resisto  
 el sentimiento !  
 GUTIE. Mucha razón tiene  
 tu valor.  
 MENC. ¿Qué disculpa me previene...  
 GUTIE. Ninguna.  
 MENC. ...de venir así tu alteza?  
 GUTIE. (*Aparte.*) ¡Tu alteza ! No es conmigo. ¡ Ay, Dios !  
 [¡ Qué escucho !  
 Con nuevas dudas lucho.  
 ¡Qué pesar ! ¡Qué desdicha ! ¡Qué tristeza !  
 MENC. ¿Segunda vez pretende ver mi muerte?  
 ¿Piensa que cada noche...  
 GUTIE. (*Aparte.*) ¡Oh trance fuerte !  
 MENC. ...puede esconderse...  
 GUTIE. (*Aparte.*) ¡Cielos !  
 MENC. ...y matando la luz...  
 GUTIE. (*Aparte.*) (Matadme, celos !)  
 MENC. ...salir a riesgo mío  
 delante de Gutierre?  
 GUTIE. (*Aparte.*) (Desconfío  
 de mí, pues que dilato  
 morir, y con mi aliento no la mato.  
 El venir no ha extrañado  
 el infante, ni dél se ha recatado ;  
 sino sólo ha sentido  
 que en ocasión se ponga ¡estoy perdido !  
 de que otra vez se esconda.  
 ¡Mi venganza a mi agravio corresponda !)



- MENC. Señor, vuélvase luego.  
 GUTIE. (*Aparte.*) ¡Ay, Dios! Todo soy rabia, todo fuego.)  
 MENC. Tu alteza así otra vez no llegue a verse.  
 GUTIE. ¿Quién por eso no más ha de volverve?  
 MENC. Mirad que es hora que Gutierre venga.  
 GUTIE. (*Aparte.*) ¡Habrà en el mundo quien paciencia  
 Sí, si prudente alcanza [tenga?  
 oportuna ocasión a su venganza.)  
 No vendrá; yo le dejo  
 entretenido; y guárdame un amigo  
 las espaldas el tiempo que conmigo  
 estáis; él no vendrá, yo estoy seguro.

## ESCENA XIX

*Jacinta; dichos.*

- JACIN. (*Aparte.*) (Temerosa procuro  
 ver quién hablaba aquí.)  
 MENC. Gente he sentido.  
 GUTIE. ¿Qué haré?  
 MENC. ¿Qué? Retirarte,  
 no a mi aposento, sino a otra parte.  
 (*Retírase don Gutierre al paño.*)  
 ¡Hola!  
 JACIN. Señora...  
 MENC. El aire que corría  
 entre esos ramos, mientras yo dormía,  
 la luz ha muerto: luego  
 traed luces. (*Vase Jacinta.*)  
 GUTIE. (*Aparte.*) (Encendidas en mi fuego.  
 Si aquí estoy escondido,  
 han de verme, y de todos conocido,  
 podrá saber Mencía  
 que he llegado a entender la pena mía.  
 Y por que no lo entienda,  
 y dos veces ofenda,  
 una con tal intento  
 y otra pensando que lo sé y consiento,  
 dilatando su muerte,  
 he de hacer la deshecha desta suerte.)  
 (*Entrase y dice en voz alta:*)

- ¡Hola! ¿Cómo está aquí desta manera?
- MENC. Este es Gutierre: otra desdicha espera mi espíritu cobarde.
- GUTIE. ¡No han encendido luces, y es tan tarde!  
(Sale Jacinta con luz, y don Gutierre por otra puerta de donde se escondió.)
- JACIN. Ya la luz está aquí.
- GUTIE. ¡Bella Mencía!
- MENC. ¡Oh, mi esposo, mi bien y gloria mía!
- GUTIE. (Aparte.) ¡Qué fingidos extremos!  
Mas, alma y corazón, disimulemos.)
- MENC. Señor, ¿por dónde entrasteis?
- GUTIE. De esa huerta,  
con la llave que tengo, abrí la puerta.  
Mi esposa, mi señora,  
¿en qué te entretenías?
- MENC. Vine ahora  
a este jardín, y entre estas fuentes puras  
me dejó el aire a oscuras.
- GUTIE. No me espanto, bien mío;  
que el aire que mató la luz tan frío  
corre, que es un aliento  
respirado del céfiro violento,  
y que no sólo advierte  
muerte a las luces, a las vidas muerte,  
y pudieras dormida  
a sus soplos perder también la vida.
- MENC. Entenderte pretendo,  
y aunque más lo procuro, no te entiendo.
- GUTIE. ¿No has visto ardiente llama  
perder la luz al aire que la hiere,  
y que a este tiempo de otra luz inflama  
la pavesa? Una vive y otra muere  
a sólo un soplo. Así, desta manera,  
la lengua de los vientos lisonjera  
matarte la luz pudo,  
y darme luz a mí.
- MENC. (Aparte.) (El sentido dudo.)  
Parece que, celoso,  
hablas en dos sentidos.
- GUTIE. (Aparte.) (Riguroso  
es el dolor de agravios;



mas con celos ningunos fueron sabios.)  
 ¡Celoso! ¿Sabes tú lo que son celos?  
 Que yo no sé qué son, ¡viven los cielos!  
 Porque si lo supiera  
 y celos...

MENC. (Aparte.) (¡Ay de mí!)

GUTIE.

...llegar pudiera  
 a tener... ¿Qué son celos?  
 Atomos, ilusiones y desvelos,  
 no más que de una esclava, una criada.  
 Por sombra imaginada,  
 con hechos inhumanos  
 a pedazos sacara con mis manos  
 el corazón, y luego,  
 envuelto en sangre, desatado en fuego,  
 el corazón comiera  
 a bocados, la sangre me bebiera,  
 el alma le sacara,  
 y el alma, ¡vive Dios!, despedazara,  
 si capaz de dolor el alma fuera.  
 Pero ¿cómo hablo yo desta manera?

MENC.

GUTIE.

Temor al alma ofreces.  
 ¡Jesús, Jesús mil veces!  
 Mi bien, mi esposa, cielo, gloria mía,  
 ah, mi dueño; ah, Mencía,  
 perdona, por tus ojos,  
 esta descompostura, estos enojos;  
 que tanto un fingimiento  
 fuera de mí llevó mi pensamiento:  
 y vete por tu vida; que prometo  
 que te miro con miedo y con respeto,  
 corrido deste exceso.  
 ¡Jesús! No estuve en mí, no tuve seso.

MENC. (Aparte.) (Miedo, espanto, temor y horror tan  
 parasismos han sido de mi muerte. [fuerte])

GUTIE. (Aparte.) (Pues médico me llamo de mi honra,  
 yo cubriré con tierra mi deshonor.)

## JORNADA TERCERA

Alcázar de Sevilla.

## ESCENA PRIMERA

*El Rey, Don Gutierre y todo el acompañamiento.*

- GUTIE. Pedro, a quien el indio polo  
coronar de luz espera,  
hablarte a solas quisiera.
- REY Idos todos. Ya estoy solo.  
*(Vase el acompañamiento.)*
- GUTIE. Pues a ti, español Apolo,  
a ti, castellano Atlante,  
en cuyos hombros constante  
se ve durar y vivir  
todo un orbe de zafir,  
todo un globo de diamante.  
A ti, pues, rindo en despojos  
la vida, mal defendida  
de tantas penas, si es vida  
vida con tantos enojos.  
No te espantes que los ojos  
también se quejen, señor ;  
que dicen que amor y honor  
pueden, sin que a nadie asombre,  
permitir que lllore un hombre ;  
y yo tengo honor y amor.  
Honor, que siempre he guardado  
como noble y bien nacido,  
y amor, que siempre he tenido  
como esposo enamorado :  
adquirido y heredado  
uno y otro en mí se ve,  
hasta que tirana fué  
la nube que turbar osa  
tanto esplendor en mi esposa  
y tanto lustre en mi fe.  
No sé cómo signifique

RE

GU



mi pena... Turbado estoy...,  
y más cuando a decir voy  
que fué vuestro hermano Enrique  
contra quien pido se aplique  
desta justicia el rigor :  
no porque sepa, señor,  
que el poder mi honor contrasta ;  
pero imaginarlo basta  
quien sabe que tiene honor.  
La vida de vos espero  
de mi honra : así la curo  
con prevención, y procuro  
que ésta la sane primero ;  
porque si en rigor tan fiero  
malicia en el mal hubiera,  
junta de agravios hiciera,  
a mi honor desahuciara,  
con la sangre le lavara,  
con la tierra le cubriera.  
No os turbéis : con sangre digo  
solamente de mi pecho ;  
que Enrique, estad satisfecho,  
está seguro conmigo.  
Y para esto hable un testigo :  
esta daga, esta brillante  
lengua de acero elegante,  
suya fué ; ved este día  
si está seguro, pues fia  
de mí su daga el infante.  
Don Gutierre, bien está ;  
y quien de tan invencible  
honor corona las sienes,  
que con los rayos compiten  
del sol, satisfecho viva  
de que su honor...

REY

GUTIE.

No me obligue  
vuestra majestad, señor,  
a que piense que imagine  
que yo he menester consuelos  
que mi opinión acrediten.  
¡ Vive Dios, que tengo esposa  
tan honesta, casta y firme,

que deja atrás las romanas  
Lucrecia y Porcia y Tomiris !  
Esta ha sido prevención  
solamente.

REY                   Pues decidme :  
para tantas prevenciones,  
Gutierre, ¿qué es lo que visteis?

GUTIE. Nada : que hombres como yo  
no ven ; basta que imaginen,  
que sospechen, que prevengan,  
que recelen, que adivinen,  
que... no sé cómo lo diga ;  
que no hay voz que signifique  
una cosa que aun no sea  
un átomo indivisible.

Sólo a vuestra majestad  
di parte, para que evite  
el daño que no hay ; porque  
si le hubiera, de mí fie  
que yo le diera el remedio  
en vez, señor, de pedirle.

REY                   Pues ya que de vuestro honor  
médico os llamáis, decidme,  
don Gutierre, ¿qué remedios  
antes del último hicisteis?

GUTIE. No pedí a mi mujer celos,  
y desde entonces la quise  
más : vivía en una quinta  
deleitosa y apacible ;  
y para que no estuviera  
en las soledades triste,  
traje a Sevilla mi casa,  
y a vivir en ella vine,  
adonde todo lo goza  
sin que nada a nadie envidie ;  
porque malos tratamientos  
son para maridos viles  
que pierden a sus agravios  
el miedo, cuando los dicen.

REY                   El infante viene allí,  
y si aquí os ve, no es posible  
que deje de conocer



las quejas que dél me disteis.  
 Mas acuérdomé que un día  
 me dieron con voces tristes  
 quejas de vos, y yo entonces  
 detrás de aquellos tapices  
 escondí a quien se quejaba ;  
 y en el mismo caso pide  
 el daño el propio remedio,  
 pues al revés lo repite.  
 Y así quiero hacer con vos  
 lo mismo que entonces hice ;  
 pero con un orden más,  
 y es que nada aquí os obligue  
 a descubrirlos. Callad  
 a cuanto viereis.

GUTIE.

Humilde  
 estoy, señor, a tus pies.  
 Seré el pájaro que fingen  
 con una piedra en la boca. (*Escóndese.*)

## ESCENA II

*Don Enrique, El rey y Don Gutierre, oculto.*

- REY      Vengáis norabuena, Enrique.  
 Aunque mala habrá de ser,  
 pues me halláis...
- ENRIQ.      ¡ Ay de mí, triste !
- REY      Enojado.
- ENRIQ.      ¿ Pues, señor,  
 con quién lo estáis, que os obligue ?
- REY      Con vos, infante, con vos.
- ENRIQ.      Será mi vida infelice.  
 Si enojado tengo al sol,  
 veré mi mortal eclipse.
- REY      ¿ Vos, Enrique, no sabéis  
 que más de un acero tiñe  
 el agravio en sangre real ?
- ENRIQ.      ¿ Pues por quién, señor, lo dice  
 vuestra majestad ?
- REY      Por vos  
 lo digo, por vos, Enrique.

El honor es reservado  
lugar, donde el alma asiste.  
Yo no soy rey de las almas :  
harto en esto sólo os dije.

ENRIQ. No os entiendo.

REY

Si a la enmienda  
vuestro amor no se apercibe,  
dejando vanos intentos  
de bellezas imposibles,  
donde el alma de un vasallo  
con ley soberana vive,  
podrá ser de mi justicia  
que aun mi sangre no se libre.

ENRIQ. Señor, aunque tu precepto  
es ley que tu lengua imprime  
en mi corazón, y en él  
como en el bronce se escribe,  
escucha disculpas mías ;  
que no será bien que olvides  
que con iguales orejas  
ambas partes han de oírse.  
Yo, señor, quise a una dama  
(que ya sé por quién lo dices,  
si bien con poca ocasión) ;  
en efecto, yo la quise  
tanto...

REY

¿Qué importa, si ella  
es beldad tan imposible...?

ENRIQ.

Es verdad, pero...

REY

Callad.

ENRIQ.

Pues, señor, ¿no me permites  
disculparme?

REY

No hay disculpa ;  
que es belleza que no admite  
objeción.

ENRIQ.

Es cierto ; pero  
el tiempo todo lo rinde,  
el amor todo lo puede.

REY

(*Aparte.*) ¡ Válgame Dios, qué mal hice  
en esconder a Gutierre !)  
Callad, callad.

ENRIQ.

No te incites



- tanto contra mí, ignorando  
la causa que a esto me obligue.
- REY Yo lo sé todo muy bien.  
(*Aparte.*) ¡Oh, qué lance tan terrible!
- ENRIQ. Pues yo, señor, he de hablar :  
en fin, doncella la quise.  
¿Quién, decid, agravia a quién?  
¿Yo a un vasallo...
- GUTIE. (*Aparte.*) ¡Ay, infelice!
- ENRIQ. ...que antes que fuese su esposa,  
fué...?
- REY No tenéis qué decirme.  
Callad, callad, que ya sé  
que por disculpa fingisteis  
tal quimera. Infante, infante,  
vamos mediando los fines.  
¿Conocéis aquesta daga?
- ENRIQ. Sin ella a palacio vine  
una noche.
- REY ¿Y no sabéis  
dónde la daga perdisteis?
- ENRIQ. No, señor.
- REY Yo sí, pues fué  
adonde fuera posible  
mancharse con sangre vuestra  
a no ser el que la rige  
tan notable y leal vasallo.  
¿No véis que venganza pide  
el hombre que, aun ofendido,  
el pecho y las armas rinde?  
¿Veis este puñal dorado?  
Jeroglífico es que dice  
vuestro delito : a quejarse  
viene de vos, y he de oírle.  
Tomad su acero, y en él  
os mirad ; veréis, Enrique,  
vuestros defectos.
- ENRIQ. Señor,  
considera que me riñes  
tan severo, que turbado...
- REY Toma la daga. ¿Qué hiciste,  
(*Dale la daga, y al tomarla, turbado el infante,*

*corta al rey en la mano.)*  
 traidor?

ENRIQ.

¿Yo?

REY

¿Desta manera  
 tu acero en mi sangre tiñes?  
 ¿Tú la daga que te di  
 hoy contra mi pecho esgrimes?

ENRIQ.

Mira, señor, lo que dices;  
 que yo turbado...

REY

¿Tú a mí  
 te atreves? ¡Enrique, Enrique!  
 Detén el puñal, ya muero.

ENRIQ.

¡Hay confusiones más tristes!  
 Mejor es volver la espalda,  
 y aun ausentarme y partirme  
 donde en mi vida te vea,  
*(Cáesele la daga.)*

REY

porque de mí no imagines  
 que puedo verter tu sangre  
 yo, ¡mil veces infelice! *(Vase.)*  
 ¡Válgame el cielo! ¿Qué es esto?  
 ¡Oh qué aprensión insufrible!  
 Bañado me vi en mi sangre,  
 muerto estuve. ¿Qué infelice  
 imaginación me cerca,  
 que con espantos horribles  
 y con helados temores  
 el pecho y el alma oprime?  
 Ruego a Dios que estos principios  
 no lleguen a tales fines,  
 que con diluvios de sangre  
 el mundo se eccandalice. *(Vase.)*

### ESCENA III

*Don Gutierre.*

GUTIE.

¡Todo es prodigios el día!  
 Con asombros tan terribles,  
 de que yo estaba escondido  
 no es mucho que el rey se olvide.



¡Válgame Dios! ¿Qué escuché?  
Mas ¿para qué lo repite  
la lengua, cuando mi agravio  
con mi desdicha se mide?  
Arranquemos de una vez  
de tanto mal las raíces.  
Muera Mencía, su sangre  
bañe el pecho donde asiste ;  
y pues aqueste puñal  
hoy segunda vez me rinde  
el infante, con él muera.  
(*Levanta la daga.*)  
Mas no es bien que lo publique ;  
porque si sé que el secreto  
altas victorias consigue,  
y que agravio que es oculto  
oculta venganza pide,  
muera Mencía de suerte  
que ninguno lo imagine.  
Pero antes que llegue a esto,  
la vida el cielo me quite,  
porque no vea tragedias  
de un amor tan infelice.  
¿Para cuándo, para cuándo  
esos azules viriles  
guardan un rayo? ¿No es tiempo  
de que sus puntas se vibren,  
preciando de tan piadosos?  
¿No hay, claros cielos, decidme,  
para un desdichado muerte?  
¿No hay un rayo para un triste? (*Vase.*)

Sala en la casa de don Gutierre, en Sevilla.

#### ESCENA IV

*Doña Mencía y Jacinta.*

JACIN. Señora, ¿qué tristeza  
turba la admiración a tu belleza,  
que la noche y el día  
no haces sino llorar?

MENC.

La pena mía

no se rinde a razones.  
 En una confusión de confusiones,  
 ni medidas, ni cuerdas,  
 desde la noche triste, si te acuerdas,  
 que viviendo en la quinta,  
 te dije que conmigo había, Jacinta,  
 hablado don Enrique  
 (no sé cómo mi mal te signifque),  
 y tú después dijiste que no era  
 posible, porque afuera  
 a aquella misma hora que yo digo,  
 el infante también habló contigo,  
 estoy triste y dudosa,  
 confusa, divertida y temerosa,  
 pensando que no fuese  
 Gutierre quien conmigo habló.

JACIN.

¿Pues ese

es engaño que pudo  
 suceder?

MENC.

Sí, Jacinta, que no dudo  
 que de noche, y hablando  
 quedo, y yo tan turbada, imaginando  
 en que él mismo vendría,  
 bien tal engaño suceder podría.  
 Con esto el verle agora  
 conmigo alegre, y que consigo llora  
 (porque al fin los enojos,  
 que son grandes amigos de los ojos,  
 no les encubren nada),  
 me tiene en tantas penas anegada.

## ESCENA V

*Coquín; dichas.*

COQU. Señora.

MENC. ¿Qué hay de nuevo?

COQU. Apenas a contártelo me atrevo.  
Don Enrique, el infante...

MENC. Tente, Coquín, no pases adelante,



- que su nombre no más me causa espanto.  
Tanto le temo, o le aborrezco tanto.
- COQU. No es de amor el suceso,  
y por eso lo digo.
- MENC. Y yo por eso  
lo escucharé.
- COQU. El infante  
que fué, señora, tu imposible amante,  
con don Pedro, su hermano,  
hoy un lance ha tenido. Pero en vano  
contártelo pretendo,  
por no saberle bien, o porque entiendo  
que no son justas leyes  
que hombres de burlas hablen de los reyes.  
Esto aparte, en efeto,  
Enrique me llamó, y con gran secreto  
dijo: «A doña Mencía  
este recado da de parte mía.  
Que su desdén tirano  
me ha quitado la gracia de mi hermano,  
y huyendo desta tierra,  
hoy a la ajena patria me destierra,  
donde vivir no espero,  
pues de Mencía aborrecido muero. »
- MENC. ¿Por mí el infante ausente,  
sin la gracia del rey? ¡Cosa que intente,  
con novedad tan grande,  
que mi opinión en voz del vulgo ande!  
¿Qué haré? ¡Cielos!
- JACIN. Ahora  
el remedio mejor será, señora,  
prevenir este daño.
- COQU. ¿Cómo puede?
- JACIN. Rogándole al infante que se quede;  
pues si una vez se ausenta,  
como dicen, por ti, será tu afrenta  
pública; que no es cosa  
la ausencia de un infante tan dudosa  
que no se diga luego  
cómo y por qué.
- COQU. ¿Pues cuándo oirá ese ruego,  
si, calzada la espuela,

- ya en su imaginación Enrique vuela?  
 JACIN. Escribiéndole ahora  
 un papel en que diga mi señora  
 que a su opinión conviene  
 que no se ausente, pues para eso tiene  
 lugar, si tú le llevas.  
 MENC. Pruebas de honor son peligrosas pruebas;  
 pero con todo, quiero  
 escribir el papel, pues considero,  
 y no con necio engaño,  
 que es de dos daños éste el menor daño,  
 si hay menor en los daños que recibo.  
 Quedaos aquí los dos mientras yo escribo. (*Vase.*)

## ESCENA VI

*Coquín y Jacinta.*

- JACIN. ¿Qué tienes estos días,  
 Coquín, que andas tan triste? ¿No solías  
 ser alegre? ¿Qué efeto  
 te tiene así?  
 COQU. Métíme a ser discreto  
 por mi mal, y hame dado  
 tan grande hipocondría en este lado,  
 que me muero.  
 JACIN. ¿Y qué es hipocondría?  
 COQU. Es una enfermedad que no la había  
 habrá dos años, ni en el mundo era.  
 Usase poco ha, y de manera  
 lo que se usa, amiga, no es excusa,  
 que una dama, sabiendo que se usa,  
 le dijo a su galán muy triste un día:  
 «Tráigame un poco uced de hipocondría.»  
 Mas señor entra ahora.  
 JACIN. ¡Ay, Dios! Voy a avisar a mi señora.

## ESCENA VII

*Don Gutierre, Coquín y Jacinta.*

- GUTIE. Tente, Jacinta, espera.  
 ¿Dónde corriendo vas de esa manera?



- JACIN. Avisar pretendía  
a mi señora de que ya venía  
tu persona.
- GUTIE. (*Aparte.*) ¡Oh criados,  
en efecto, enemigos no excusados!  
Turbados de temor los dos se han puesto.  
Ven acá, dime tú lo que hay en esto;  
dime por qué corrías. (*A Jacinta.*)
- JACIN. Sólo por avisar de que venías,  
señor, a mi señora.
- GUTIE. El labio sella.  
(*Aparte.*) Mas deste lo sabré mejor que della.  
Coquín, tú me has servido  
noble siempre, en mi casa te has criado;  
a ti vuelvo rendido,  
dime, dime, por Dios, lo que ha pasado.
- COQU. Señor, si algo supiera,  
de lástima no más te lo dijera.
- GUTIE. ¡Plegue a Dios!, mi señor...  
¡No, no des voces!  
per ocon todo, quiero  
¿De qué aquí te turbaste?
- COQU. Somos de buen turbar; mas esto baste.
- GUTIE. (*Aparte.*) Señas los dos se han hecho.  
Ya no son cobardías de provecho.  
Idos de aquí los dos.—Solos estamos.  
(*Vanse los dos.*)  
honor, lleguemos ya; desdicha, vamos.  
¿Quién vió en tantos enojos  
matar las manos y llorar los ojos?  
(*Alza una cortina y descubre a doña Mencía  
escribiendo.*)

## ESCENA VIII

*Doña Mencía y don Gutierre.*

- GUTIE. (*Aparte.*) Escribiendo Mencía  
está; ya es fuerza ver lo que escribía.  
(*Llega a ella y quítale el papel.*)
- MENC. ¡Ay, Dios! ¡Válgame el cielo! (*Se desmaya.*)
- GUTIE. Estatua viva se quedó de hielo. (*Lee.*)

«Vuestra alteza, señor...» ¡Que por alteza  
vino mi honor a dar a tal bajeza!  
«no se ausente...» Detente,  
voz; pues le ruega aquí que no se ausente,  
a tanto mal me ofrezco,  
que casi las desdichas me agradezco.  
¿Si aquí la doy la muerte?...  
Mas esto ha de pensarse desta suerte.  
Despediré criadas y criados;  
solos han de quedarse mis cuidados  
conmigo; y ya que ha sido  
Mencia la mujer que yo he querido  
más en mi vida, quiero  
que en el último vale, en el postrero  
parasismo, me daba  
la más nueva piedad, la acción más nueva.  
Ya que la cura he de aplicar postrera,  
no muera el alma, aunque la vida muera.  
(Escribe y vase. Vuelve en sí doña Mencia.)

# ESCENA IX

*Doña Mencia.*

MENC. ¡Señor, detén la espada,  
no me juzgues culpada;  
el cielo sabe que inocente muero!  
¿Qué fiera mano, qué sangriento acero  
en mi pecho ejecutas? ¡Tente, tente!  
¡Una mujer no mates inocente!—  
Mas ¿qué es esto?, ¡ay de mí! ¿No estaba agora  
Gutierre aquí? ¿No vía (¿quién lo ignora?)  
que en mi sangre bañada,  
moría en rubias ondas anegada?  
¡Ay, Dios, este desmayo  
fué de mi vida aquí mortal ensayo!  
¡Qué ilusión! Por verdad lo dudo y creo.  
El papel romperé.—¡Pero qué veo!  
De mi esposo es la letra, y desta suerte  
la sentencia me intima de mi muerte.  
(Lee.) «El amor te adora, el honor te aborrece,  
y así el uno te mata y el otro te avisa. Dos horas



tienes de vida ; cristiana eres, salva el alma, que la vida es imposible.»  
¡ Válgame Dios ! ¡ Jacinta, hola ! ¿ Qué es esto, nadie responde ? ¡ Otro temor funesto !  
¿ No hay alguna criada ?  
Mas, ¡ ay de mí !, la puerta está cerrada, nadie en casa me escucha.  
Mucha es mi turbación, mi pena es mucha.  
Destas ventanas son los hierros rejas,  
y en vano a nadie le diré mis quejas,  
que caen a unos jardines, donde apenas  
habrá quien oiga repetidas penas.  
¿ Dónde iré desta suerte,  
tropezando en la sombra de mi muerte ? (Vase.)

Calle.

# ESCENA X

*El Rey y don Diego.*

REY        En fin, ¿ Enrique se fué ?  
DIEGO     Sí, señor ; aquesta tarde  
             salió de Sevilla  
REY                Creo  
             que ha presumido arrogante  
             que él solamente de mí  
             podrá en el mundo librarse.  
             ¿ Y dónde va ?  
DIEGO             Yo presumo  
             que a Consuegra.  
REY                Está el infante  
             maestre allí, y querrán los dos  
             a mis espaldas vengarse  
             de mí.  
DIEGO             Tus hermanos son,  
             y es forzoso que te amen  
             como hermano, y como rey  
             te adoren : dos naturales  
             obediencias son.  
REY                Y Enrique

- ¿quién lleva que le acompañe?  
 DIEGO Don Arias.  
 REY En su privanza.  
 DIEGO Música hay en esta calle.  
 REY Vámonos llegando a ellos;  
 quizá con lo que cantaren  
 me templaré.  
 DIEGO La armonía  
 es antídoto a los males.  
 (*Cantan dentro.*)  
 El infante don Enrique  
 hoy se despidió del rey;  
 su pesadumbre y su ausencia  
 quiera Dios que pare en bien.  
 REY ¡Qué triste voz! Vos, don Diego,  
 echad por aquesa calle,  
 no se nos escape quien  
 canta desatinos tales.  
 (*Vase cada uno por su parte.*)

Sala en casa de don Gutierre.

### ESCENA XI

*Don Gutierre y Ludovico cubierto el rostro.*

- GUTIE. Entra, no tengas temor;  
 que ya es tiempo que destape  
 tu rostro y encubra el mío. (*Tápase.*)  
 LUDO. ¡Válgame Dios!  
 GUTIE. No te espante  
 nada que vieres.  
 LUDO. Señor,  
 de mi casa me sacasteis  
 esta noche; pero apenas  
 me tuvisteis en la calle,  
 cuando un puñal me pusisteis  
 al pecho, sin que cobarde  
 vuestro intento resistiese,  
 que fué cubrirme y vendarme  
 el rostro, y darme mil vueltas



luego a mis propios umbrales. Dijisteis que la vida estaba en no destaparme; una hora he andado con vos, sin saber por dónde ande. Y con ser la admiración de este caso tan grave, más me turba y me suspende impensadamente hallarme en una casa tan rica, sin ver que la habite nadie sino vos, habiéndoos visto siempre ese embozo delante. ¿Qué me queréis?

GUTIE. Que te esperes  
aquí sólo un breve instante. (*Vase.*)

LUDO. ¡Qué confusiones son estas  
que a tal extremo me traen!  
¡Válgame Dios!  
(*Vuelve don Gutierre.*)

GUTIE. Tiempo es ya  
de que entres aquí; mas antes  
escúchame: a questo acero  
será de tu pecho esmalte,  
si resistes lo que yo  
tengo ahora de mandarte.  
Asómate a ese aposento.  
¿Qué ves en él?

LUDO. Una imagen  
de la muerte, un bulto veo  
que sobre una cama yace ;  
dos velas tiene a los lados,  
y un crucifijo delante.  
Quién es no puedo decir ;  
que con unos tafetanes  
el rostro tiene cubierto.

GUTIE. Pues a ese vivo cadáver  
que ves has de dar la muerte.

LUDO. Pues ¿qué quieres?

GUTIE. Que la sangres,  
y la dejes que rendida  
a su violencia, desmaye

la fuerza, y que en tanto horror  
tú atrevido la acompañes,  
hasta que por breve herida  
ella expire y se desangre.  
No tienes que replicar,  
si buscas en mí piedades;  
sino obedecer, si quieres  
vivir.

LUDO. Señor, tan cobarde  
te escucho, que no podré  
obedecerte.

GUTIE. Quien hace  
por consejos rigurosos  
mayores temeridades,  
darte la muerte sabrá.

LUDO. Fuerza es que mi vida guarde.

GUTIE. Haces bien; que ya en el mundo  
hay quien viva porque mate.  
Desde aquí te estoy mirando,  
Ludovico; entra adelante.  
(*Entrase Ludovico.*)

## ESCENA XII

*Don Gutierre.*

GUTIE. Este fué el más sutil inedio  
para que mi afrenta acabe  
disimulada, supuesto  
que el veneno fuera fácil  
de averiguar, las heridas  
imposibles de ocultarse.  
Y así, contando la muerte,  
y diciendo que fué lance  
forzoso hacer la sangría,  
ninguno podrá probarme  
lo contrario, si es posible  
que una venda se desate.  
Haber traído a este hombre  
con recato semejante,  
fué bien; pues si descubierto  
viniera, y viera sangrarse



una mujer, y por fuerza,  
fuera presunción notable,  
este no podrá decir,  
cuando refiera este trance,  
quién fué la mujer ; demás,  
que cuando de aquí le saque,  
muy lejos ya de mi casa,  
estoy dispuesto a matarle.  
Médico soy de mi honor ;  
la vida pretendo darle  
con una sangría ; que todos  
curan a costa de sangre. (*Vase.*)

Calle.

### ESCENA XIII

El Rey y don Diego, que vuelven a salir cada uno por su parte ; música dentro.

(*Cantan dentro.*)

Para Consuegra camina,  
donde piensa que han de ser  
teatros de mil tragedias  
las montañas de Montiel.

REY ¡ Don Diego !

DIEGO Señor...

REY Supuesto

que cantan en esta calle,  
¿no hemos de saber quién es?

¿Habla por ventura el aire?

DIEGO No te desvele, señor,

oír estas necedades ;

porque a vuestro enojo ya

versos en Sevilla se hacen.

REY Dos hombres vienen aquí.

DIEGO Es verdad ; no hay que esperarles  
respuesta. Hoy el conocerlos  
importa.

## ESCENA XIV

*Don Gutierre*, que trae a *Ludovico* con los ojos vendados,  
dichos.

GUTIE. (*Aparte.*) ¡Que así me ataje  
el cielo que con la muerte  
deste hombre eche otra llave  
al secreto! Ya me es fuerza  
de aquestos dos retirarme;  
que nada me está peor  
que conocerme en tal parte.  
Dejaréle en este puesto. (*Vase.*)

## ESCENA XV

El *Rey*, *don Diego* y *Ludovico* con los ojos vendados.

DIEGO De los dos, señor, que antes  
venían, se volvió el uno,  
y el otro se quedó.

REY A darme  
confusión; que si le veo  
a la poca luz que esparce  
la luna, no tiene forma  
su rostro; confusa imagen  
el bulto, mal acabado,  
parece de un blanco jaspe.

DIEGO Téngase tu majestad,  
que yo llegaré.

REY Dejadme,  
don Diego. ¿Quién eres, hombre?  
LUDO. Dos confusiones son parte,  
señor, a no responderos:  
(*Descúbrese.*)

la una, la humildad que trae  
consigo un pobre oficial  
para que con reyes hable  
(que ya os conocí en la voz,  
luz que tan notorio os hace);  
la otra, la novedad



del suceso más notable,  
que el vulgo, archivo confuso,  
califica en sus anales.  
¿Qué os ha sucedido?

REY  
LUDO.

A vos

lo diré; escuchadme aparte.

REY  
DIEGO

Retiraos allí, don Diego.

(*Aparte.*) Sucesos son admirables  
cuantos esta noche veo;  
Dios con bien della me saque.

LUDO.

No la vi el rostro, mas sólo  
entre repetidos ayes  
escuché: «Inocente muero;  
el cielo no te demande  
mi muerte». Esto dijo, y luego  
expiró; y en este instante  
el hombre mató la luz,  
y por los pasos que antes  
entré, salí. Sintió ruido  
al llegar a aquesta calle,  
y dejóme en ella solo.  
Fáltame ahora de avisarte,  
señor, que saqué bañadas  
las manos en roja sangre,  
y que fuí por las paredes,  
como que quise arrimarme,  
manchando todas las puertas,  
por si pueden las señales  
descubrir la casa.

REY

¡Bien

hicistes! Venid a hablarme  
con lo que hubiereis sabido,  
y tomad este diamante,  
y decid que por las señas  
dél os permitan hablarme  
a cualquier hora que vais.

LUDO.

El cielo, señor, os guarde. (*Vase.*)

REY

Vamos, don Diego.

DIEGO

¿Qué es eso?

REY

El suceso más notable  
del mundo.

DIEGO

Triste has quedado.

REY Forzoso ha sido asombrarme.  
DIEGO Vente a acostar, que ya el día  
entre dorados celajes  
asoma.

REY No he de poder  
sosegar hasta que halle  
una cosa que deseo.

DIEGO ¿No miras que ya el sol sale,  
y que podrán conocerte  
desta suerte?

## ESCENA XVI

*Coquín, el Rey y don Diego.*

COQU. Aunque me mates,  
habiéndote conocido,  
¡oh señor!, tengo de hablarte;  
escúchame.

REY Pues, Coquín,

¿de qué los extremos son?  
COQU. Esta es una honrada acción  
de hombre bien nacido en fin;  
que aunque hombre me consideras  
de burlas con loco humor,  
llegando a veras, señor,  
soy hombre de muchas veras.  
Oye lo que he de decir,  
pues de veras vengo a hablar,  
que quiero hacerte llorar,  
ya que no puedo reír.  
Gutierre, mal informado  
por aparentes recelos  
llegó a tener viles celos  
de su honor; y hoy obligado  
a tal sospecha, que halló  
escribiendo (¡error cruel!)  
para el infante un papel  
a su esposa, que intentó  
con él que no se ausentase,  
porque ella causa no fuese  
de que en Sevilla se viese



la novedad que causase  
pensar que ella le ausentaba...  
Cos esta inocencia, pues  
(que a mí me consta), con pies  
cobardes, adonde estaba  
llegó, y el papel tomó,  
y, sus celos declarados,  
despidiendo a los criados,  
todas las puertas cerró,  
solo se quedó con ella.  
Yo, enternecido de ver  
una infelice mujer  
perseguida de su estrella,  
vengo, señor, a avisarte  
que tu brazo altivo y fuerte  
hoy la libre de la muerte.  
REY ¿Con qué he de poder pagarte  
tal piedad?

COQU. Con darme aprisa  
libre, sin más accidentes,  
de la acción contra mis dientes.

REY No es ahora tiempo de risa.

COQU. ¿Cuándo lo fué?

REY Y pues el día  
aun no se muestra, lleguemos,  
don Diego. (*Vanse.*)

Otra calle, y en ella la casa de don Gutierre. En la puerta se ve la  
señal de una mano sangrienta.

## ESCENA XVII

*Los mismos.*

REY Así, pues, daremos  
color a una industria mía,  
de entrar en casa mejor.  
Diciendo que me ha cogido  
cerca el día, y he querido  
disimular el color  
del vestido; y una vez

allá, el estado veremos  
del suceso ; y así haremos  
como rey, supremo juez.  
DIEGO No hubiera industria mejor.  
COQU. De su casa lo has tratado  
tan cerca, que ya has llegado ;  
que esta es su casa, señor.  
REY Don Diego, espera.  
DIEGO ¿Qué ves?  
REY ¿No ves sangrienta una mano  
impresa en la puerta?  
DIEGO Es llano.  
REY (*Aparte.*) Gutierre sin duda es  
el cruel que anoche hizo  
una acción tan inclemente.  
No sé qué hacer. Cuerdamente  
sus agravios satisfizo.

### ESCENA XVIII

*Doña Leonor e Inés con mantos ; dichos.*

LEON. Salgo a misa antes del día,  
porque ninguno me vea  
en Sevilla, donde crea  
que olvido la pena mía.  
Mas gente hay aquí. ¡Ay, Inés!  
¿El rey qué hará en esta casa?  
INES Tápate en tanto que pasa.  
REY Acción excusada es,  
porque ya estáis conocida.  
LEON. No fué encubrirme, señor,  
por excusarme el honor  
de dar a tus pies la vida.  
REY Esa acción es para mí,  
de recatarme de vos,  
pues sois acreedor, por Dios,  
de mis honras ; que yo os di  
palabra, y con gran razón,  
de que he de satisfacer  
vuestro honor ; y lo he de hacer  
en la primera ocasión.



## ESCENA XIX

*Don Gutierre; dichos.*

GUTIE. (*Dentro.*) Hoy me he de desesperar,  
cielo airado, si no baja  
un rayo de esas esferas  
y en cenizas me desata.

REY ¿Qué es esto?

DIEGO Loco furioso  
don Gutierre de su casa  
sale.

REY ¿Dónde vais, Gutierre?

GUTIE. (*Sale.*) A besar, señor, tus plantas;  
y de la mayor desdicha,  
de la tragedia más rara,  
escucha la admiración,  
que eleva, admira y espanta.  
Mencía, mi amada esposa,  
tan hermosa como casta,  
virtuosa como bella  
(dígalos a voces la fama):  
Mencía, a quien adoré  
con la vida y con el alma,  
anoche un grave accidente  
vió su perfección postrada,  
por desmentirla divina  
este accidente de humana.  
Un médico, que lo es  
el de mayor nombre y fama,  
y el que en el mundo merece  
inmortales alabanzas,  
la recetó una sangría,  
porque con ella esperaba  
restituir la salud  
a un mal de tanta importancia.  
Sangróse, en fin; que yo mismo,  
por estar sola la casa,  
llamé al sangrador, no habiendo  
ni criados ni criadas.  
A verla en su cuarto, pues,

quise entrar esta mañana...  
 —Aquí la lengua enmudece,  
 aquí el aliento me falta—.  
 Veo de funesta sangre  
 teñida toda la cama,  
 toda la ropa cubierta,  
 y que en ella, ¡ay Dios!, estaba  
 Mencía, que se había muerto  
 esta noche desangrada.  
 Ya se ve cuán fácilmente  
 una vena se desata.  
 ¿Pero para qué presumo  
 reducir hoy a palabras  
 tan lastimosas desdichas?  
 Vuelve a esta parte la cara,  
 y verás sangriento el sol,  
 verás la luna eclipsada,  
 deslucidas las estrellas  
 y las esferas borradas;  
 y verás a la hermosura  
 más triste y más desdichada,  
 que, por darme mayor muerte,  
 no me ha dejado sin alma.  
*(Descúbrese a doña Mencía en la cama.)* (1)  
 ¡Notable suceso! *(Aparte.)* (Aquí  
 la prudencia es de importancia.  
 Mucho ne reportarme haré.  
 Tomó notable venganza.)  
 Cubrid ese horror que asombra,  
 ese prodigio que espanta,  
 espectáculo que admira,  
 símbolo de la desgracia.  
 Gutierre, menester es  
 consuelo; y porque le haya  
 en pérdida que es tan grande  
 con otra tanta ganancia,  
 dale la mano a Leonor;  
 que es tiempo que satisfaga

REY

(1) Esto se haría en tiempo de Calderón descorriendo una cortina, suponiéndose que era de una ventana correspondiente a la alcoba de doña Mencía.

EL ME

GUTI

REY  
GUTIREY  
GUTI

REY

GUTI

REY  
GUTI

REY

GUT

REY  
GUT

REY

GUT



- vuestro valor lo que debe,  
                    y yo cumpla la palabra  
                    de volver en la ocasión  
                    por su valor y su fama.
- GUTIE. Señor, si de tanto fuego  
                    aún las cenizas se hallan  
                    calientes, dadme lugar  
                    para que llore mis ansias.  
                    ¿No queréis que escarmentado  
                    quede?
- REY                     Esto ha de ser, y basta.
- GUTIE. Señor, ¿queréis que otra vez,  
                    no libre de la borrasca,  
                    vuelva al mar? ¿Con qué disculpa?
- REY                     Con que vuestro rey lo manda.
- GUTIE. Señor, escuchad aparte  
                    disculpas.
- REY                     Son excusadas.
- ¿Cuáles son?
- GUTIE.                     ¿Si vuelvo a verme  
                    en desdichas tan extrañas,  
                    que de noche halle embozado  
                    a vuestro hermano en mi casa?...
- REY                     No dar crédito a sospechas.
- GUTIE. ¿Y si detrás de mi cama  
                    hallase, tal vez, señor,  
                    de don Enrique la daga?
- REY                     Presumir que hay en el mundo  
                    mil sobornadas criadas,  
                    y apelar a la cordura.
- GUTIE. A veces, señor, no basta.  
                    ¿Si veo rondar después  
                    de noche y de día mi casa?
- REY                     Quejarse a mí.
- GUTIE.                     ¿Y si cuando  
                    llego a quejarme, me aguarda  
                    mayor desdicha escuchando?
- REY                     ¿Qué importa, si él desengaña,  
                    que fué siempre su hermosura  
                    una constante muralla  
                    de los vientos defendida?
- GUTIE. ¿Y si volviendo a mi casa,

- hallo algún papel que pide  
que el infante no se vaya?  
Para todo habrá remedio.
- REY                   ¿Posible es que a esto lo haya?
- GUTIE.              Sí, Gutierre.
- REY                   ¿Cuál, señor?
- GUTIE.              Uno vuestro.
- REY                   ¿Qué es?
- GUTIE.              Sangrarla.
- REY                   ¿Qué decís?
- GUTIE.              Que hagáis borrar  
las puertas de vuestra casa ;  
que hay mano sangrienta en ellas.
- REY                   Los que de un oficio tratan,  
ponen, señor, a las puertas  
un escudo de sus armas ;  
trato en honor, y así pongo  
mi mano en sangre bañada  
a la puerta ; que el honor  
con sangre, señor, se lava.
- GUTIE.              Dádsela, pues, a Leonor ;  
que yo sé que su alabanza  
la merece.
- REY                   Sí la doy. (*Dale la mano.*)  
mas mira que va bañada  
en sangre, Leonor.
- LEON.                No importa ;  
que no me admira ni espanta.
- GUTIE.              Mira que médico he sido  
de mi honra ; no está olvidada  
la ciencia.
- LEON.                Cura con ella  
mi vida, en estando mala.
- GUTIE.              Pues con esa condición  
te la doy. Con esto acaba  
*El Médico de su honra.*  
Perdonad sus muchas faltas.

TELÓN

50  
CTS  
②